

EN LA PENUMBRA DE LA REALIDAD



RAÚL JIMÉNEZ SASTRE

MANIFIESTO A MODO DE PRÓLOGO

Este libro es un ejercicio de libertad subjetiva. La libertad subjetiva es la máxima expresión de libertad del ser humano. Estás adormecido. Despierta. Lucha contra el letargo. ¿Qué ha sido de tu dignidad para indignarte? ¿No te das cuenta de que te has encadenado a ti mismo haciendo propia una decisión ajena? Pulsa el mando y apaga los nuevos gladiadores del televisor. Pan y circo. Violencia sin sangre. Y entre combate y combate te ordenan subliminalmente, con agradable persistencia, cómo vestir, qué comer, cómo relacionarte, cómo vivir, cómo ser tú. El enemigo a batir es tu libertad subjetiva porque es peligrosa. El medio de neutralizarla es convertirte en tu propio enemigo por voluntad personal.

Extírpate el móvil. Arráncatelo de un tirón. Eres el huésped de un agresivo organismo de laboratorio que fagocita tu tiempo. Salte de las redes sociales. Una red, por mucho que la maquillen o enmascaren, es siempre una red. Una trampa. Es un arma de deshumanización masiva. En vez de buscar el reconocimiento o aceptación de personas que en la mayoría de los casos no sabes ni quienes son, en vez de estar distraído con la vida de otros, podrías estar mirándote fijamente a los ojos. Y podrías estar pensando que tal vez tu vida no te guste, que tal vez tu trabajo no te guste, que tal vez cómo funcionan las cosas no te guste. Que tal vez deberías cambiar de vida, o de trabajo o de dejar de participar en el modo de vida que te imponen como una sugerencia altruista.

Ve más allá. Levántate. Apaga el router. Te estás bajando de la nube temporadas y temporadas que no te dejarán tiempo de ocio para pensarte ni para pensar el mundo. Ellos lo saben y por eso te lo permiten. No quieren que seas tú. Necesitan que no seas tú porque para que unos pocos vivan en el mejor de los mundos posibles otros muchos tienen que vivir en el peor de los mundos posibles. Vuelve. Te han desplazado de tu centralidad. Tú no eres tú. Tu ser ya no es. Te han diluido globalmente.

Si has despertado, si te lo has arrancado, si te has salido y si has ido más allá y te has levantado, piénsate y piensa el mundo. Solo así tendrás alguna opción de transformarlo.

La tecnología es la droga de diseño del hombre global.

ÍNDICE

[MANIFIESTO A MODO DE PRÓLOGO](#)

[ÍNDICE](#)

[LATIDOS](#)

[LA NOCHE DE SAN JUAN](#)

[MIEDO NOCTURNO](#)

[EXPRESO AL INFIERNO](#)

[FOBIA](#)

[EL JURAMENTO](#)

[EL VIEJO POETA](#)

[LA TAROTISTA](#)

[ÁNGELUS](#)

[SEMPER FIDELIS](#)

[MOURA](#)

[LA ÚLTIMA VOLUNTAD](#)

[ETERNA VIDA O SEMPITERNA MUERTE](#)

[ANEXO](#)

LATIDOS

No puedo evitar recordar a mi amigo Valery Rutkauskas con una sonrisa. Rudo lituano de pocas palabras. Su severo rostro revelaba un carácter estricto y firme que las personas que no lo conocían confundían con antipatía y hosquedad. Su cabeza minuciosamente rasurada y su fuerte complexión física falseaban su edad. Creo que rondaría los cincuenta años. No lo sé. Quizás los sesenta. Sus ojos gélidamente azulados tampoco ofrecían pista alguna.

Valery era el propietario de una pequeña tienda de compra venta de artículos de segunda mano, medio oculta en un callejón del centro, cuyos sucios escaparates estaban segmentados con estanterías repletas de enseres que ocultaban su interior. Siempre me han gustado este tipo de establecimientos por la gran cantidad de rarezas que puedes llegar a encontrar relativas a libros antiguos y obras de arte. Muchos de los dueños desconocen el valor intrínseco de las piezas que tienen expuestas. Simplemente suelen comprar a la baja, doblando posteriormente el precio de venta. Valery no era uno de esos tipos. Conocía a la perfección el valor de todo lo que poseía. Muebles, óleos, candelabros, objetos de plata y bronce importados, conferían a la tienda una exótica impronta báltica. No me imaginaba, o sí, la procedencia de muchos de ellos y preferí no preguntárselo nunca porque quizá en mi fuero interno yo ya sabía la respuesta.

Valery llevaba once años en España y siempre lo vi en el interior de su comercio desde que el destino nos hizo coincidir. Jamás fuera. No tenía familiares en el país.

Tampoco hacía por tener amigos. Me contó que en el pasado había sido militar y, a medida que fuimos cogiendo confianza, me narraba episodios de escaramuzas fronterizas que había protagonizado en el pasado con los rusos, a los que odiaba visceralmente. Estoy convencido de que llegó a matar unos cuantos.

Tomé la costumbre de frecuentar su local después de salir del trabajo, aunque apenas hablábamos. Se nos hacía de noche jugando al ajedrez, acompañados únicamente por el compás de lo que para mí era su pieza maestra: un clásico reloj de pie carrillón de fabricación alemana. ¡Cuántas veces intenté que Valery me lo vendiera! Llegué a ofrecerle una gran suma de dinero. Pero insistía en que era el único objeto de la tienda del que no estaba dispuesto a desprenderse. Yo adoraba aquella pieza, a la que había llegado a conocer a la perfección: 1.96 centímetros de altura, 49 de ancho, 26 de fondo. El reloj estaba empotrado en un magnífico mueble de excelente madera antigua, fuerte y pesada, con laboriosos dibujos en filamentos. Su juego de tubos producía un sonido musical grave y armónico. La locución latina *Tempus Fugit*, grabada en la parte superior de la esfera, invitaba al espectador a la reflexión sobre la fugacidad del tiempo que medía el instrumento.

En el hogar donde me crié siempre hubo un reloj de pared que daba los cuartos, las medias y las horas completas. En el silencio de la noche, si aguzabas el oído, podías incluso llegar a escuchar su tictac si el umbral del ruido exterior era lo suficientemente bajo. Pasado un año de la muerte de mis padres, cuando entré por primera vez en el

negocio de Valery y sentí el carrillón, la nostalgia de mi niñez se rebeló focalizándose en ese objeto. Al sentir sus latidos y la melodía que se anticipaba a las campanadas de las horas completas, toda mi infancia irrumpió súbitamente en mi alma. Deseaba ese reloj...

¡Lo necesitaba! Valery siempre interrumpía mis argumentos con un gruñido: ¡No insistas! ¡No está a la venta!, sonorizando las eses y relajando las vocales, con ese acento tan característico de los emigrantes de Europa Oriental.

Recuerdo aquella tarde como si fuera ayer... Al salir del trabajo un cielo amenazante de invernal plomo asediaba la urbe. Me alcé el cuello del abrigo para protegerme la garganta del aire cortante y con las manos en los bolsillos comencé a andar cabizbajo. Como de costumbre, tomé rumbo al centro de la ciudad para conversar en silencio con mi amigo Valery. Cuando alcancé la visual de su tienda me frené en seco. La reja exterior de la puerta estaba echada. Ni siquiera recordaba esa reja porque siempre había conocido el local abierto. Las estanterías de los dos pequeños escaparates, antes repletas de objetos que ocultaban con celo el interior, se mostraban completamente desnudas, permitiendo penetrar las miradas de los viandantes a través del vidrio con obscenidad. ¿Qué había ocurrido?... Ayer mismo, como otros tantos días, había estado allí con Valery... Algo terrible e imprevisto debía haber sucedido. Pregunté en establecimientos contiguos. Nadie sabía nada. Volví hacia casa preocupado y abatido, elucubrando teorías, todas nefastas.

Perdido en esos pensamientos, enfilé la somnolienta zona residencial en la que habitaba y de lejos distinguí entre las sombras de la noche dos siluetas frente a la puerta de mi vivienda, junto a una vieja furgoneta de color claro. Al aproximarme reconocí a dos rumanos que ocasionalmente trabajaban con Valery haciendo repartos o llevándole objetos de dudosa procedencia. Suspiré aliviado. Por fin hallaría una respuesta lógica que disiparía mis temores. Saludé amablemente, ofreciendo al mismo tiempo mi mano al individuo más próximo. Inmediatamente me rechazó el saludo, dando un paso hacia atrás con un gruñido y mirándome con profunda desconfianza. Gritó algo a su compañero en su idioma, abrieron la puerta trasera de la furgoneta y descargaron un gran cajón de madera que depositaron en la acera. Me pareció ver que se santiguaron velozmente cuando retiraron las manos del cajón, mascullando palabras para mí ininteligibles. El que había rechazado mi mano se me acercó con recelo y me arrojó con gran desprecio un sobre que me golpeó en el pecho antes de caer al suelo. Pegó una violenta patada a la puerta de la furgoneta y se cerró con gran estruendo, haciendo que los perros de la vecindad comenzaran a ladrar y a aullar. Se fueron como vinieron; misteriosos y siniestros.

Yo había permanecido inmóvil, incrédulo, como si hubiera sido el simple espectador de una extravagante película proyectada en la irrealidad de la noche. Me agaché, recogí el sobre y lo abrí:

“Mi querido amiego. Mi unico amiego. No soporto mas. Vuelvo a mi pieis. Te diejo lo mas prieciado. Grazias por tu compienia.”

Valery

No lo puedo negar. Me emocioné al leer esas palabras de afecto impropias de mi tosco amigo. Al mismo tiempo me sentí dolido por no haberse despedido personalmente de mí. Una gran melancolía y tristeza que yo no llegué jamás a sospechar lo debía de haber estado carcomiendo durante mucho tiempo para tomar esta decisión. Me sentí

decepcionado conmigo mismo. Si hubiera sabido interpretar mejor su silencio y soledad quizás podría haberlo ayudado... ¿Lo máspreciado? Me giré de inmediato hacia el cajón de madera... ¡No podía ser! Pero... ¡Tenía que serlo! ¡No podía ser de otra manera!...

Al vivir en una casa de planta baja no me resultó difícil introducir el voluminoso y pesado bulto con sumo cuidado, depositándolo en el suelo horizontalmente. Haciendo palanca con un destornillador levanté un listón para averiguar dónde se encontraba la parte frontal. Miré al interior y reconocí la parte posterior, por lo que tuve que darlo la vuelta. Forcé las tablas del improvisado ataúd, estremeciéndome con los agudos quejidos de los clavos al ser arrancados. El frontal del carrillón quedó al descubierto. Lo alcé en vertical y lo desplazé en zigzag hasta la pared donde siempre lo había soñado. Abrí la puerta de debajo de la esfera para sacar el papel de burbuja que protegía sus entrañas, dejando al descubierto el péndulo, los tubos y las cadenas. Tiré de la portezuela de la esfera para darle cuerda con la clavija destinada a ello que encontré pegada con celofán en un lateral interno del féretro de madera. Contuve la respiración, elevé un ápice el péndulo hacia la derecha y lo deje libre a la fuerza de la gravedad... Un latido hondo y preciso inundó el salón de la casa y mi espíritu. Empujé una mecedora frente a él. Me senté y cerré los ojos, fusionando todo mi ser con su perfecto compás, haciéndome alcanzar la plena armonía conmigo mismo...

También recuerdo que adelanté el despertador cinco minutos para el día siguiente, a las 06.55. Me desperté y esperé impaciente en la cama a oír el repique de las siete del carrillón. Tras la última campanada me estiré, sonriendo de felicidad. Me alcé y me fui con gran ánimo a la oficina. Sabía que al final de la jornada me estaría esperando.

Las primeras horas de trabajo transcurrieron con rapidez y satisfacción, sintiéndome realizado con mi labor por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo, al mediodía, un extraño e inexplicable desasosiego comenzó a invadirme. Una debilidad súbita se apoderó de mí, produciéndome mareos y dificultad respiratoria. El ritmo cardiaco se me aceleraba más y más, intercalando sacudidas arrítmicas. Mis compañeros se alertaron de tal manera al ver mi estado que llamaron de inmediato a una ambulancia. En urgencias consiguieron estabilizarme y me realizaron pruebas de sangre y un electrocardiograma. Después de una larga espera, el cardiólogo me tranquilizó asegurándome que había sufrido una taquicardia, pero que por los resultados de las pruebas efectuadas descartaba que fuera fisiológica. Me aconsejó que evitara situaciones cotidianas que me provocaran nerviosismo o emociones derivadas del estrés. Le respondí, sorprendido, que llevaba una vida despreocupada y serena. Todo quedó en un susto.

Me dieron de alta en urgencias y sobre las cinco de la tarde giré la llave de la puerta de mi casa. Al entrar en el salón y oír el firme palpito de sístole y diástole del carrillón me sentí por completo aliviado. Me senté frente a él y alcé la vista hacia la esfera. Increíblemente, miré al instante mi reloj de pulsera. Corrí a la habitación y vi la hora del despertador, la cual coincidía al segundo con el tiempo de mi muñeca. Una gran preocupación me asaltó. ¡El carrillón se había adelantado una hora! La sola idea de que se hubiera dañado con el traslado me producía auténtico pánico. Intenté dominarme y pensar con claridad. Detuve el péndulo y cuando transcurrió por fin una hora longeva lo volví a poner en funcionamiento, haciéndole oscilar. Me senté en la mecedora, vigilante ante cualquier anomalía del compás o de las agujas. Se comportaba a la perfección como siempre lo

había hecho. Preciso. No obstante, decidí prolongar la prueba. El sueño me venció durante la guardia, pero una leve asfixia sofocó mi descanso despertándome. No eran los síntomas que me habían sobrevenido esa misma mañana. No era la taquicardia que me hizo creer que el corazón me iba a reventar el pecho. ¡Era todo lo contrario! Me tomé el pulso y transcurrían demasiados segundos entre latido y latido... ¡No era normal! Me incorporé de la mecedora con gran fatiga y anduve de un lado a otro, aterrado como un hipocondriaco, intentando acelerar el motor de mi riego sanguíneo...¿Qué me estaba ocurriendo? ¡Tenía que volver a urgencias!

Me vestí como pude y me dispuse a salir, pero mi vista se cruzó con el semblante del reloj al atravesar el salón. La fuerza de la costumbre me hizo girar la muñeca izquierda. ¡El carrillón se había retrasado cinco minutos! ¿No le había dado cuerda? ¿Se me había olvidado? Abrí la puerta del frontal del mecanismo y giré la clavija durante un buen rato hasta llegar al tope. Con un cuidado minucioso, adelanté la aguja del minuterero con el dedo. Al terminar, fui consciente de que mi malestar se había esfumado. Había recuperado de nuevo el equilibrio cardiaco. Una repentina y sombría sospecha hizo tambalear los cimientos de mi razón y mi lógica. ¿Podría ser cierto? ¡Físicamente era inverosímil! Solo había una forma de quitarme de la cabeza esa descabellada idea.

Al día siguiente, tras cerciorarme de que el carrillón medía el tiempo con exactitud matemática, salí de casa. Empecé a caminar y comprobé que a medida que me alejaba la cadencia de los latidos de mi corazón iba en aumento. Aún así, avancé más hasta llegar al inicio de una crisis de ansiedad, preconizada por una nueva taquicardia. Retrocedí apresuradamente y al entrar en casa mi tórax recuperó la cordura. Me precipité hacia el salón. ¡El carrillón se había adelantado dos minutos! Constaté durante varios días estos desajustes que diabólicamente unían mi destino de forma irremediable a aquel instrumento. No había lugar a error...

Creo que ya han pasado más de tres años de todo aquello. Nunca salgo de casa y mi pecho y el suyo laten por siempre en armonía perfecta. El tiempo fluye eterno para mí. Durante los primeros días o meses el teléfono nos perturbaba de forma insistente. Alguna vez el timbre de la puerta también. Después el mundo me dejó en paz con mi destino. Mi corazón latirá inmortalmente siempre que el suyo continúe latiendo. No necesito comer. Ni siquiera bebo líquidos. He tapado todos los espejos con sábanas porque, en ocasiones, yo mismo me doy miedo. A mi piel no le queda carne ni músculos que cubrir, solo tendones y huesos. Pero eso es lo de menos. Tan solo debo estar pendiente de dar cuerda a mi reloj, y ni siquiera eso me preocupa demasiado. Cuando me distraigo o duermo, el ralentizar de mi pulso me lo ordena. Soy imperecedero como él.

A veces no puedo evitar recordar a Valery Rutkauskas con una sonrisa. Querido amigo Valery... Nos veremos en el infierno.

LA NOCHE DE SAN JUAN

Como de costumbre, en las noches de temporal me encontraba en la misma taberna portuaria de siempre, sucia, oscura y sofocada de humo, provocando al vino y a la suerte en timbas macilentas que a veces se prolongaban hasta el amanecer. Allí no hay distinción entre payos y gitanos. La mala estrella de todos los que frecuentamos este tugurio nos convierte en iguales ante el azar y ante la vida sin ninguna diferencia. Todos, pescadores furtivos del parque natural protegido por la ley de costas. Cuando las condiciones meteorológicas son favorables nos hacemos a la mar clandestinamente, aliados de la noche, sembrando el litoral de pequeñas luminarias que tiran fuera de las grietas submarinas nuestras presas, hipnotizadas. Remamos sigilosamente con los motores aletargados porque en el silencio abisal de la mar el sonido se propaga sin ninguna barrera durante millas. Costeamos y costeamos armados de poteras, palos de arrastre plagados de anzuelos, elaborados por nosotros mismos, arrancando de las profundidades capturas tentaculares vedadas que luego despachamos en el mercado negro. Pulpos, sepias, calamares... Nos da igual. Es su extinción o la nuestra.

—¡Tute de reyes! —volvió a gritar *El Viejo*, riendo y arrojando las manoseadas cartas sobre la pegajosa mesa.

El Viejo era un gitano de unos cuarenta años. Desde su infancia lo habían apodado con ese mote. Los rumores decían que su padre, cuando aquel era niño, ignoró una noche de San Juan, evento sagrado para un gitano, saliendo a pescar y haciéndose acompañar de su primogénito. Los chismorreos coinciden en que les pasó algo tan terrible que conmocionó todo el organismo del chico dejándolo con el pelo totalmente blanco a tan temprana edad. Al día siguiente apareció en la casa familiar solo, mudo y exhausto. Nunca más se supo de su padre. Cuentan que este era un hombre rudo y violento que desahogaba su rabia en su mujer y seguramente también en sus hijos, de ahí que nadie se interesara mucho en conocer la verdad. Nadie denunció su desaparición. Algunos borrachos habituales de la taberna, cuando el alcohol los envalentona, te susurran al oído que ni siquiera se molestaron en buscar el cadáver, mirando de reojo a *El Viejo* con recelo.

—¡Qué poca fortuna tenéis, desgraciados! —continuó provocando *El Viejo*.

El Canillas, su compadre, me observó con atención dejando caer sus cartas sobre la tabla. El ambiente estaba caldeado por el vino y ya nos conocíamos de hacía tiempo. Sabía muy bien de mi mal carácter sobre todo perdiendo a las cartas con *El Viejo*, el cual disfrutaba humillando a sus contrincantes.

El Viejo continuaba riendo estrepitosamente a la vez que golpeaba con la palma de la mano la mesa con insolente persistencia. Esos golpes me martilleaban la cabeza y me encendían la sangre...

—¡Maldito seas, Viejo! ¡Tarado hijo de tarados! —le grité a la cara lleno de ira.

—¿Qué estás diciendo, payo? —susurró amenazante, poniéndose en pie lentamente.

El bullicio del antro se acalló, desplazándose toda la atención hacia nosotros.

—¡Sosios! ¡Tranquilos! —intercedió El Canillas.

Yo ya sabía cómo iba a terminar aquello, así que me levanté de la silla como un resorte, cerrando a la vez el puño, y propiné al gitano un violento golpe en el pómulo izquierdo con toda mi voluntad. Se tambaleó, pero no cayó al suelo. Era fuerte como un toro. Me respondió con un puñetazo terrible que me rompió el labio, derribándome. Se abalanzó sobre mí y consiguió hacerme una presa en el cuello con aquellos brazos tatuados de cruces.

—¿Qué has dicho, payo? ¡Repítelo! ¡Repítelo! Sombras grisáceas se cernieron sobre nosotros, forcejeando y tirando hasta separarnos. La mitad contenía a uno. La otra mitad al otro.

—¡Tarado! ¡Si te crees que los rumores de tu vida me intimidan, te equivocas, miserable mentiroso! —grité ante todos, haciendo alusión velada al incidente de su niñez, innombrable en público, para hacerle el mayor daño posible—. ¿Me vas a asesinar?... ¿Como a tu padre?...

La acusación que le lancé le dio de lleno y los que malograban sus acometidas tuvieron que emplearse a fondo para que no se liberase.

—¿Asesino de mi padre yo? ¡Yo te mato, payo! ¡Te mato! ¿Te crees un valiente? ¡No sabes de lo que hablas! ¡Si tienes coraje vente mañana al caladero de El Faro del Diablo antes de medianoche! —me retó, soltando espumarajos por la boca como un perro rabioso.

—¡Allí estaré, criminal! ¡Allí estaré!

Abrí la puerta de la taberna de una patada. El Viejo permaneció dentro con su compadre sin dejar de lanzar improperios que retumbaban en todo el puerto. Antes de salir nos dio tiempo a intercambiar escupitajos, jurando y maldiciendo.

El sol del mediodía me despertó. La resaca del vino a granel me había desatado tal malestar que me oprimía el alma y la memoria. Un punzante dolor en la boca, además de en mi puño, me recordó la pelea y el desafío como un mal sueño.

¡Condenado Viejo! Quizás me excedí en mis palabras... Pero por honor entre canallas, ¡vaya si iría!

Raspé el moho de un trozo de pan y pringué en un cazo los restos de las gachas del día anterior, hervidas y hervidas con el pescado de roca que nadie traga por la gran cantidad de espinas, solo nosotros, y casi a diario. Meter algo en el estómago me hizo recuperar el ánimo.

Los barcos dormitando en la bahía del puerto me recordaron que era víspera de festivo. Era el día previo a la noche de San Juan. Personas creyentes y supersticiosas como yo. Hoy nadie se haría a la mar. Se organizaban los preparativos para la medianoche. Pude distinguir a lo largo de la costa sur que en las playas ya se habían apilado leños y maderos para el ritual purificador del fuego. Una tradición que se pierde en la noche de los tiempos. Solsticio de verano. Eterna lucha de la luz contra la oscuridad. Esta noche el sol se resistiría al máximo. Las gitanas estarían ya colgando plantas aromáticas en las ventanas de la casa para recibir la consagración del Santo. La gente adentraría sus cuerpos en el agua nocturna para desterrar toda energía negativa y tener salud el resto del año. Algunas

mujeres, mojado sus ojos, pedirían a San Juan que les diera la fertilidad buscada en vano... Este año, por primera vez en la vida, yo, ferviente devoto, no bendeciría mi cuerpo. No saltaría siete veces sobre una hoguera ni lanzaría a las aguas mis pecados ni mi deseo. Me lo impedía una cita de honor con El Viejo. Pedí perdón a mi venerado santo en voz alta y me volví a echar sobre el desnudo colchón mugriento.

Me incorporé sobresaltado y miré el reloj. Eran las diez de la noche, pero una tenue luz natural iluminaba la estancia. El sol todavía presentaba batalla. ¡Nadie me llamaría cobarde! Me vestí rápidamente y empecé a callejear hasta llegar a la bahía. La crucé dirigiéndome hacia las abruptas calas del norte, donde la mar en invierno embiste la costa tan bravía que aborta todo amago de asentamiento de playas sin dar tregua a la pacífica arena. No hay frontera. Solo roca y agua.

El sol ya se había rendido a las tinieblas, fatigado y consumido, aunque orgulloso de la guerra librada. En el norte, oscuridad absoluta en San Juan, como renegando del santo. No existen playas septentrionales donde encender una hoguera, ni siquiera un acceso fácil por donde adentrarse en el océano. Con un fugaz arrepentimiento volví la mirada por un instante al resplandeciente sur que ardía en felicidad, buenos augurios y deseos sinceros.

Aceleré el paso hasta distinguir en la oscuridad la silueta de El Faro del Diablo, enclavado desde hacía siglos en un saliente, como un monumento consagrado a la muerte. Malhechores, piratas, contrabandistas de otras épocas, pero al fin y al cabo gente sin muchos escrúpulos como nosotros, en las noches más oscuras y feroces, esas sin luna, encendían fuegos que como cantos de sirena atraían a los barcos. Estos, confiados, se aproximaban a las fauces del litoral sorprendiéndose sus vientres rajados. Después la corriente del mar los trituraba lentamente contra el arrecife en vaivenes llenos de gritos y lamentos. Cuando por fin la muerte se apiadaba y concedía descanso a los agonizantes marineros, aquellos renegados recogían los despojos...

Salté la reja candada que pretendía impedir el paso a la escalera excavada en roca que ascendía, rodeando el enclave abrupto de la torre. En su parte posterior se precipitaba vertiginosamente por el acantilado hasta terminar en un pequeño caladero. Allí divisé una exigua luz que oscilaba. Eran las once en punto. El Viejo me esperaba en un bote. Me aproximé hasta el borde de la roca, desconfiado, empuñando en el bolsillo una navaja. Por unos instantes permanecimos en silencio. La luna plateaba las suaves olas, pero el amenazante litoral las tiznaba cuando se aproximaban a la costa.

—¡Salta al bote, payo! —me ordenó *El Viejo*, poniéndose de pie y estirando su brazo.

Dudé un momento. Recelaba de aquel gitano. No tenía claro cuáles eran sus intenciones. Salte al bote y apresé fuertemente con la mano el antebrazo tendido hacia mí, desafiante. El Viejo se mantuvo firme hasta que la barca recuperó el equilibrio. Liberamos nuestros cuerpos e hizo un gesto hacia la oscuridad con su cabeza. Mechones de su largo pelo blanco también plateaban, ondeando con la suave brisa.

—Rema hacia el norte —indicó con voz calmada y decidida.

Examiné el entorno de un vistazo para asegurarme de que estábamos solos. Me senté y empuñé los maderos a la vez que clavaba mis ojos en los de El Viejo. Así permanecimos un buen rato, acompañados únicamente del acompasado y húmedo sonido del zambullir de los remos.

— Sosio... Tengo que reconocer que tienes agallas —rompió el silencio El Viejo, en tono conciliador.

Escudriñé su rostro y me pareció franco. Parecía distinto. Amable y paciente como un maestro con un alumno que no entiende. Su actitud me hizo bajar la guardia por un instante y bromeé sonriendo:

—Menuda liamos ayer en el puerto, ¿eh?

El Viejo lanzó una risotada que resonó en los perversos acantilados.

—¡Condenado payo! ¡Si no me sujetan te mato allí mismo! —continuó riendo.

Dejé escapar un gruñido de desaprobación mientras continuaba remando. El Viejo mudó la alegría del rostro. Se tornó serio como la extraña noche.

—Nunca acuses a un gitano en falso, sosio. La gente habla y habla sin saber de qué. ¿Crees que no sé lo que algunos murmuran a mis espaldas? ¿Piensas que maté a mi padre, yo, sangre de su sangre?

—No sé, Viejo... Dímelo tú.

El gitano suspiró como si respirara con dificultad, como si algo turbio le oprimiera el pecho desde antiguo, durante demasiado tiempo. Durante demasiados años...

—Yo quiero cambiar, payo. No ocultar la culpa es el primer paso de muchos para hacerlo... Pero ese terrible pecado del que me acusaste... No puedo atribuirme una condena que no es mía. Realmente quiero que mi nombre reaparezca en el libro de la vida. Anhele volver a ser un hijo de Dios... ¡Ayúdame, Señor, en el nombre de tu hijo y por el sacrificio que Él hizo en la Sagrada Cruz! ¡Dame fuerzas para volver a contemplar cosas que no debo, porque esta carga es más pesada de lo que puedo soportar!

El Viejo clamaba al cielo. Yo continuaba remando con estupor. No parecía borracho... Era un comportamiento que en absoluto me esperaba. ¿A dónde quería ir a parar con esas alusiones a Nuestro Creador y ese súbito arrepentimiento? No era El Viejo hosco, vulgar y maleducado al que yo estaba acostumbrado. Incluso me pareció vislumbrar en su endurecido rostro el breve resplandor de una lágrima.

—Viejo. No te entiendo. Pero llevo ya un par de millas remadas y no me has dicho todavía qué es lo que hacemos aquí. El gitano se pasó el dorso de la mano por las mejillas.

Después señaló un cercano entrante en la costa y pronunció con recuperada calma:

—Paciencia, sosio. Ya casi estamos.

Derroté la barca hacia el entrante, hasta enfrentarla a una duna fosilizada de la costa que la erosión del viento, la lluvia y el oleaje, había esculpido junto al mar desde tiempos inmemoriales.

—¡Para aquí!

La barca se detuvo a unos cien metros de la formación milenaria.

—Payo, ¿has pescado alguna vez el calamar a pulmón?

—¡Claro! —respondí sorprendido.

—¡Pues vamos!

El Viejo encendió una luminaria de la barca que dirigió contra la superficie de la mar y se desprendió de la camisa. Dudé por un instante... Seguía sin fiarme del gitano.

—¡De acuerdo!

Yo también me quité la camisa y cogí una potera. Sin embargo, mi atención no se centraría en la pesca sino en los movimientos de El Viejo. Nos zambullimos en la oscuridad bajando unos metros. Recuperando la verticalidad miré hacia el tenue y opaco farolillo que pendía de la barca hasta agotar el oxígeno. Ascendimos a la vez.

—¿Qué ocurre, payo? ¿Te da miedo bajar un poco más? —se burló provocador.

Aspiré una gran bocanada de aire y descendí de nuevo, alejándome más y más de nuestro cebo de luz. Poco a poco, en las profundidades, en las grietas, en las simas, distinguí como unas difusas fosforescencias. Pegué unas brazadas más hasta acercarme, impulsado por la curiosidad. No eran luminosidades... No correspondían a ningún tipo de microorganismo...

¡Eran ojos! ¡Ojos penetrantes!... Había pares de pánico, de espanto, de horror. Algunos de tristeza, soledad y desconsuelo. Otros de rabia, condena y súplica. Verdes, azules, negros. Ojos humanos de difuntos que acechan en los abismos, olvidados, reclamando ser reclamados. ¡La mar no entierra sus muertos! Me quedé petrificado, hundiéndome a plomo, hipnotizado ante su fulgor como las presas que yo tantas veces había capturado... No encontraba fuerzas para oponerme a su irresistible atracción. Estaba a punto de perder el conocimiento...

Un brazo me rodeó el pecho haciéndome subir y subir hasta romper la superficie. Jadeé y jadeé hasta recuperar el aliento necesario para lanzar un grito aterrador... El Viejo me ayudó a retomar el bote. Permanecí sin habla tumbado en la madera, tiritando. El gitano empuñó los remos.

—Payo, mi deuda con Dios está saldada. Lo que no pude hacer por mi padre por ti lo he hecho.

...Ya nunca digo la mar. Siempre el mar, y jamás me hago a él. Perdóname Santo mío, San Juan, si ya no ofrezco al agua mis pecados ni mis deseos en tus noches. Contemplo las hogueras de la costa desde el puerto, pero ya ni siquiera me acerco a la playa. Me aterran las miradas abisales que aquella noche encanecieron mi cabello.

MIEDO NOCTURNO

No conservo recuerdos de mis abuelos. Sus figuras las recreé en la memoria a lo largo del tiempo a través de los relatos de mis padres, especialmente la imagen de mi abuela María. Mujer de la Castilla rural de principios del siglo XX. Austera, pulcra y siempre vestida de negro. Sobria y firme como la Piedra Caballera de su tierra contra el devenir del tiempo. Cuentan que medio bruja, medio curandera... Obsesionada desde que nació yo, su primer nieto, con la noche. Obstinada con mis noches.

Dicen que cada vez que abandonaba su viejo caserón de piedra, solitario y umbrío, para pasar una breve temporada en casa de mis padres, nunca me dejaba solo después de acostarme. Desde que llegué al mundo hasta los cinco años, cuando nos abandonó por siempre. Durante mi reposo, en la habitación ocupaba un lugar primordial en el fluir de mi sueño, sentada en una mecedora en la que durante su vigilia dormitaba de vez en cuando a la luz tenue de una lámpara baja, con una estampa de la virgen entre sus manos.

Siempre insistía a mi madre: ¡No dejéis solo al niño de noche! Dejad un vaso de agua en la mesilla y tiradla cuando llegue la mañana. ¿Dónde está la medalla del bautizo del crío?... ¡Las tijeras no se dejan abiertas! ¡El pan no se pone dado la vuelta!... A mi padre su conducta y estas observaciones lo sacaban de quicio. Las definía como supercherías. Yo creo que en el fondo, aunque nunca lo reconociera, le producían escalofríos. Siempre que la abuela María nos visitaba él discutía con mi madre, asegurando que su influencia me iba a llenar de fobias y manías cuando fuera mayor. El miedo nocturno se considera un temor evolutivo, una etapa normal del desarrollo de los niños al que yo tenía que enfrentarme solo. Esto no significaba que no se debiera ayudar al chiquillo a superarlo para que la noche fuera un momento de descanso y no derivara en una aversión más grave. Pero lo que hacía la abuela... No podía ser sano. A él le llenaba de inquietud y le resultaba incluso siniestro... Sin embargo, después de la habitual discusión en la que mi padre se desahogaba, dejaban hacer a la yaya.

Lo repito. Yo no recuerdo nada de esto. No obstante, con una mirada retrospectiva del alma consigo alcanzar sin esfuerzo, nítido, mi primer terror infantil. Tendría unos cinco años y, tras comentarlo con mi madre, debió de suceder al poco tiempo de morir mi abuela María. Mis padres me habían acostado como siempre, dejando encendida la luz de la mesilla. Abrí los ojos y, por primera vez en mi corta vida, fui consciente de que una semipenumbra me rodeaba. Luces y sombras distorsionaban la realidad de un cuarto que no parecía el mío. Un gran horror me invadió, una sospecha de que no estaba solo me llenó de pánico. Recuerdo que, llorando, grité y grité para que mis padres vinieran. Mi padre sonrió con ternura intentando tranquilizarme. Sobreactuando, miró debajo de la cama, en el interior del armario y en los huecos de detrás de las puertas. Mi madre se sentó en el borde de la cama, preguntándome de qué tenía miedo. Mi respuesta los dejó helados:

—¡Me da miedo la luz! ¡La luz!

Un razonamiento lógico, impropio de un niño de mi edad, siguió a mis chillidos:

—¡Si hay alguien en la habitación puede verme! ¡En cambio, si la luz está apagada,

yo no puedo ver a nadie ni nadie puede verme a mí! Además, si aún así hubiera alguien, mis oídos me avisarían porque escucharía sus pasos o su respiración...

Mis padres se miraron con extrañeza.

—Hijo, ¿estás seguro de que si apagamos la luz estarás bien?...

Salieron de la habitación cerrando la puerta tras de sí, dejándome completamente a oscuras, y un gran alivio inundó mi alma. Un sueño suave y sereno me meció en la negrura y el silencio del cuarto, manteniéndome a salvo de cualquier amenaza, confiado. Este fue mi primer contacto reflexivo con la intensa noche. Nuestra relación se estrechó más y más a medida que fui creciendo.

Me convertí en un hombre que desconocía el terror, inmune a las tinieblas y amigo de los sitios apartados y lúgubres. He buscado y abrazado la oscuridad y el silencio toda mi vida a la hora del reposo. Un efecto tumba me ha proporcionado una paz absoluta. Una casa sin vecinos alrededor ni tráfico de coches insonorizaba mis sueños. La persiana de la ventana bajada y oculta por dentro con una espesa cortina de terciopelo. La puerta cerrada y echada a sus pies una larga toalla, impidiendo que cualquier reminiscencia luminosa atravesara sus resquicios.

Os lo aseguro. A veces es mejor no saber. No hay mejor aliado que la ignorancia. Maldigo el día en que rompí las reglas. Una de ellas: teléfono móvil en el salón, apagado, en carga. No sé por qué lo hice. Quizás el estrés me distrajo. Quizás el destino. En ocasiones quiero creer que mi abuela María quiso alertarme del engaño. No lo sé... Pero ahí lo olvidé sin darme cuenta, encima de la mesilla, a mi lado. Encendido, en modo vibración, como habitualmente lo dejo cuando llego a casa para minimizar la molestia del sonido de alguna llamada a destiempo o la entrada de algún mensaje a horas intempestivas. Yo ya me había entregado al sueño. Sería de madrugada. Dos suaves sacudidas continuas en la madera de la mesilla profanaron el silencio y, de inmediato, la vibración fue seguida de un frágil fogonazo de luz en el mismo momento que entreabría mis ojos... Breve y tenue, pero suficiente para sorprender de pie, al borde de mi cama, a un anciano que me observaba. Pálido, con los ojos desorbitados clavados en mí, ávido y expectante. La comisura de su boca se torcía en un gesto anhelante y codicioso como el de un depredador insaciable. La chaqueta negra de otra época cubría una camisa blanca de cuello de caja abotonada hasta el extremo. Grité de terror buscando con torpeza y ansiedad el interruptor de la luz, un gesto al que no estaba habituado.

Unos segundos de oscuridad pasaron, durante los cuales yo estaba convencido de que aquella visión, sorprendida como yo, permanecía frente a mí. Al encender la luz ya no se mostraba aquel horrible viejo que yo ignoraba desde cuanto tiempo hacía que estaba junto a mí, vigilando mis sueños,... Una certeza me asfixiaba y me aterraba. Algunas personas creen que cuando dormimos un ángel vela por nuestros sueños. Os puedo afirmar una cosa. ¡Estoy seguro! ¡Desde luego que aquello que la furtiva luz delató no era un ángel!

No me creeréis. Juzgaréis que estoy loco... Pero yo sé lo que vi. ¡Lo sé! El miedo infantil me alcanza en plena madurez. Me tortura y atormenta. Huyo de la oscuridad, mi antigua compañera, traidora. ¡Creía que me protegía!... ¡Que me amaba! Sin embargo, después de una vida unidos se me reveló como una auténtica desconocida. Ya no sé quién o qué la transita y puebla. Ahora soy incapaz de mirarla a la cara...

Me he mudado a un piso donde la televisión y los pasos de los vecinos me vinculan a la realidad hasta bien entrada la noche, evitándome el pavor de llegar a oír el resuello de aquel viejo que sé seguro que me acecha desde las sombras, deseoso de que me venza el cansancio de las viglias. Si el silencio me asedia hasta casi conseguir derrotarme, abro un poco un grifo y su goteo continuo lo hace retroceder sin opción de retorno ni tregua.

Paso la noche con todas las luces encendidas y cuento los segundos hasta que la anhelada luz del sol penetra por la ventana de mi cuarto, ahora desprovista de persiana y desnuda... En ese momento, descanso.

EXPRESO AL INFIERNO

¿Habéis hecho alguna vez un requiebro desinteresado y altruista a la muerte? Cuatro adolescentes sin nada que perder conjuran contra ella en una tarde invernal, ateridos de frío alrededor de una litrona de cerveza, bajo los arcos techados de una iglesia románica. La ciudad, hastiada en siglos y piedra, los escucha con indiferencia.

—¡Os aseguro que da miedo! ¡Seguro que ninguno de vosotros os atreveríais! —retó *El Piri* a sus amigos, tapándose las orejas con el largo cabello. Cuando alguna muchacha le pregunta por qué lo llaman así, se hace el interesante y responde que *Piri* viene de pirata, mientras sus amigos intentan contener las risas. Lo llaman *El Piri*, de pirao, porque siempre se le ocurren ideas descabelladas.

—¿A cuánto está? —preguntó *El Sépul*, frotándose lentamente las manos. No es de muchas palabras. El alias lo heredó de la profesión de su padre, el sepulturero del cementerio. Hay chavales de su edad que lo evitan siguiendo el consejo de sus supersticiosos padres.

—Pasado el Colegio de Huérfanos Ferroviarios, a la izquierda, podemos coger el rumbo. Yo me acerqué el otro día con *El Piri* —respondió *El Barros*, arrojando una colilla con el dedo corazón contra la tediosa tarde. Cuando era más pequeño, él y sus compañeros de clase siempre intentaban pasar desapercibidos durante el recreo de un abusón dos años mayor que ellos que habitualmente jugaba al fútbol en un rectángulo de tierra del patio. Nadie sabe por qué ni lo habló con nadie. Quizás se hartó de vivir con miedo. Un día lluvioso de otoño desprendió de la pared de la entrada del edificio una papelera de metal, se acercó sigilosamente al abusón por la espalda y se la estampó en la nuca. El joven déspota cayó en tierra semiinconsciente, donde fue pateado. Después, apretando su rostro contra el suelo, le hizo tragar barro. Le costó un mes de expulsión del colegio y al tirano derrocado diez puntos de sutura.

—Eso está lejos... —pensó en alto *El Arti*, echando un trago de cerveza y atusándose la coleta. Tenía la zurda más potente del equipo del colegio. Cuando había que tirar una falta, los que tenían que conformar la barrera se hacían los despistados por el terreno de juego, temiendo que la tirara *El Artillero*.

—¡Lo sabía! Sabía que ibais a buscar alguna excusa —se burló *El Piri*, empezando a dar saltos alrededor de sus compañeros y a hacer muecas grotescas.

El Barros se arroja contra *El Piri* y ruedan por el suelo de granito escarchado, forcejeando y riendo, a pesar de que la noche ya está cayendo en la ciudad como la losa que cubre una tumba.

—¡Vamos! ¡Dejad de hacer el tonto y venid! Es tarde —se enfada *El Sépul*.

Mientras los dos amigos retornan al círculo conspiratorio, *El Piri* pega por detrás a *El Barros* un pescozón y se vuelven a enzarzar en la habitual pelea.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta *El Arti* con ojos resueltos.

—Podíamos quedar aquí esta madrugada, cuando todos estén dormidos —propuso *El Sépul* con voz firme.

—Saldremos de casa como prisioneros que se fugan de una cárcel. Nadie se dará cuenta —le apoyó *El Barros*.

—Entonces a las dos de la madrugada aquí —sentenció *El Sépul*, mirando fijamente uno a uno a sus colegas para asegurarse de que ninguno de ellos se iba a echar atrás.

Los cuatro chicos permanecen unos instantes en silencio. Después se levantan y se separan sin despedirse. Antes, *El Arti* pega una patada a la litrona de cerveza que estalla contra unas piedras cercanas a la iglesia. Un gato maúlla malhumorado y les observa con el pelo del lomo erizado. La ciudad, siempre con el ceño fruncido, ni se inmuta.

La madre de *El Barros* le da un beso antes de acostarse y él refunfuña. Los padres de *El Sépul* ven la televisión y dan por supuesto que su hijo ya se ha acostado. *El Arti* se ha ido a su habitación directamente sin cenar, tras el altercado habitual con su padre por llevar coleta. *El Piri* lee en la cama mientras intenta olvidar la discusión con sus hermanos.

La noche llega húmeda y sombría, arrojando con violencia agua mezclada con esquirlas de hielo. Sin embargo, cuatro jóvenes furtivos recorren las estrechas calles brillantes de adoquines, orgullosos y envalentonados de retar el permanente toque de queda de la urbe consensuado inconscientemente por todos sus habitantes. A las dos de la madrugada, cuatro amigos confluyen bajo el pórtico de la iglesia románica. Entre trueno y trueno, el fragor de la lluvia distorsiona el maullido del gato que se cobija también en el templo. Los cuatro, calados, se contemplan satisfechos. Ninguno ha fallado.

—¡Vaya noche! —rompe el silencio *El Piri*, con una sonrisa.

—¡No podíamos haber elegido otra mejor! —se ríe *El Sépul*.

—¡Vamos a hacerlo! —exclama *El Barros* con un guiño de complicidad.

—¡Vamos! —les insta *El Arti* con el rostro iluminado.

Los chicos se adentran de nuevo en el aguacero. Andan despacio. La emoción hace palpar sus corazones con fuerza y no sienten el frío, ni los truenos, ni las sombras. Dejan atrás la ciudad y se adentran en la meseta donde gigantes de granito, inmunes al devenir del tiempo, les observan pasar con perplejidad. Las encinas azotadas por el viento y la lluvia murmuran entre ellas extrañas palabras, probablemente de esa crítica a la que ellos están tan habituados. Cruzan el Colegio de Huérfanos Ferroviarios, erigido sombrío sobre una atalaya y divisan dos tenues resplandores paralelos que pierden fulgor a medida que se alejan hasta perderse en la distancia.

—¡Ahí están las vías! —grita *El Piri*.

Los cuatro trepan por el balasto hasta alcanzar los raíles. La tenaz tormenta amaina para prestar atención a lo que traman. El viento desgaja los nubarrones y un témpano circular surge en el infinito, arrojando luz al acero. Las líneas gemelas entre las cuales caminan los muchachos resplandecen. Únicamente les acompañan sus pensamientos y el golpeteo de sus pasos en las traviesas.

—¡Tío! ¿Pero a estas horas pasan trenes? —pregunta *El Barros*, mirando hacia atrás con desconfianza.

—No tengo ni idea... —responde *El Piri*, encogiéndose de hombros—. Puede que sí o puede que no... Solo sé que por delante de nosotros si siguiéramos y siguiéramos podríamos llegar hasta Lisboa. En la otra dirección hasta Irún.

—Pues sí que estamos buenos.... —susurra *El Arti*, girando también la cabeza hacia atrás.

—¿Cuánto queda para llegar, *Piri*? —quiere saber *El Sépul*.

—Dos kilómetros... Más o menos.

El cielo rompe la tregua y les castiga con violencia. Los chicos continúan, desafiantes. Juntos pueden con todo y todo, juntos, se convierte en nada. La meseta castellana ruge gélida y lúgubre por su inconsciencia, como solo ella sabe hacer en invierno. *El Piri* disfruta cada paso, soñando con los relatos de hazañas de conquistadores españoles que atraviesan Las Américas con gran esfuerzo y sacrificio que acaba de estar leyendo. Sin rendición al entorno hostil y sin marcha atrás. Le gusta creer que la sangre de aquellos hombres, templada de antiguo en ese mismo severo páramo, corre por sus venas.

—¿Qué piensas, *Piri*? —pregunta *El Sépul*. *El Piri* se detiene con los ojos radiantes de fantasía. Todos frenan el paso:

—Que he estado leyendo que un tío que se llamaba Núñez de Balboa, un conquistador de Las Américas, se empeñó en descubrir un nuevo océano. Con una tropa de ochocientos hombres cruzó Panamá, arrastrando por la selva un barco de esos de aquella época, hasta que encontraron el Pacífico... Esta noche me siento como debieron de sentirse ellos...

—¡Estás pirao, colega! —*El Arti* salta sobre su espalda riendo.

—¡Yo os arrastraré por esta jungla hasta encontrar el océano! —aúlla *El Barros*, empujándoles cada vez más rápido.

—¡No os molestéis! ¡Hace un buen rato que nos está cayendo encima! —bromea *El Sépul*.

El temporal ya ha escuchado suficiente. Receloso de los chicos que no le toman en serio, relampaguea y trueno aún más fuerte. Libera una ventisca. Los cuatro se meten las manos en los empapados bolsillos.

—¡Estamos llegando! —anuncia *El Barros*.

Los raíles enderezan una amplia curva poco a poco y recuperan el trazado recto. Una gigantesca boca negra surge en el centro de un macizo rocoso, rodeada de tinieblas, engullendo las vías.

—¡Dios! —exclama *El Sépul*—. Si existe algún lugar que lleve al infierno tiene que ser como este túnel.

Los chicos permanecen callados, encarando la impenetrable negrura de la galería. El subconsciente ha puesto sus mentes en alerta y notan un hormiguelo que les recorre cuerpo.

—¿De qué va el túnel, Piri? —pregunta *El Arti*.

—Mide un kilómetro. Debe ser muy viejo porque no tiene iluminación ni salidas al exterior. Tampoco tiene aceras ni andenes de anchura. Lo único que hay, cada unos cien metros, es una especie de nichos estrechos escavados en las paredes. Deben ser para resguardarse si pasa un tren y te pilla en el interior... Pero no sé... están muy pegados a las vías.

—¿Algo más? —quiso asegurarse *El Sépul*.

—¡Claro! No hay sistema de comunicación con el Centro de Control —contesta *El Piri*.

—Estamos solos... —apunta *El Barros*.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta *El Arti*.

—Ya que *El Piri* nos ha metido en esto, él será quien lo atraviese sin luz. *Arti*, tú te adelantas con una linterna y esperas en la salida. A los cinco minutos entra *El Piri*. Después de otros cinco minutos entramos *El Barros* y yo, también con linternas.

—¡Genial! —exclama *El Piri*.

El Barros mira a *El Sépul*:

—Y si llega un tren... ¿qué hacemos?

—Más vale que eso no ocurra.

El Arti avanza decidido hacia la oscura boca, molesta y somnolienta, sintiéndose incómoda por recibir una visita a horas intempestivas. El chico penetra en el descomunal bostezo caminando por su lengua entablada, iluminando a su alrededor paredes en roca viva que chorrean. Las vías se sustentan sobre el balasto que desciende en pendiente hacia los muros de piedra. En cuatrocientos metros recorridos a trompicones ya ha visto varios cadáveres de perros y gatos que nadie debe de haber echado en falta. Se tapa la nariz. Deben de haber pasado ya cinco minutos...

El Barros pega un palmetazo de ánimo en la espalda de *El Piri*:

—¿Estás listo?

—¡Listo y preparado, colegas! —responde risueño.

—Vas a tener que ir con un pie sobre un raíl todo el rato para no desorientarte, tío... Ten cuidado —le ruega *El Sépul*.

—¡No os preocupéis!

El Piri avanza hasta la entrada del túnel, apoya su pie derecho sobre el infinito acero de una de las vías y se pierde en la negrura, cojeando. A veces extravía su guía y palpa el suelo hasta notar el frío del metal en sus manos. Retoma la marcha. Ha perdido el sentido de la vista. Escucha continuamente un gotear pausado de agua... Piensa que estar enterrado debe ser una sensación parecida a la que vive...

El Barros pega un puñetazo en el hombro a *El Sépul*:

—¡Venga!

Los dos chicos se adentran con paso decidido, alumbrando el pasadizo. A unos cien metros sobrepasan por la derecha un nicho de seguridad irregularmente excavado y apenas profundo. *El Sépul* mira a *El Barros*:

—La verdad que acojona un poco ¿eh?... ¿Estará bien *El Piri*?

—Seguro que sí... ¡Calla! ¿Notas eso?

Los chicos se detienen y se les eriza el vello. Bajo sus pies el suelo vibra levemente. Después más fuerte.

—¡Ostias! ¡Viene un tren! ¡Corre hasta el próximo nicho, *Sépul*! ¡Corre!

El Piri se detiene sobrecogido. Un lejano rumor invade el silencio del panteón fúnebre que recorre. Su rastro de acero le transmite a su pierna, primero, un suave cosquilleo. Luego las pequeñas sacudidas se convierten en vibraciones. Los raíles se convulsionan... Un silbido estridente irrumpe en el túnel y una luz inmensa destroza el tapón negro de la galería. *El Piri* se lanza por el desnivel y se golpea contra la roca. La palpa y se aprieta contra ella con los brazos en cruz. La imprevista luminosidad cegadora de un expreso hiere sus ojos y el ruido atronador de sus motores parece que va a derrumbar toda la estructura, como las trompetas de Jericó de una extraña historia que una vez leyó. Nota un bandazo terrible que casi lo arranca de las deslizantes piedras con las que intenta fundirse. Se aferra a ellas con toda su voluntad de vivir, luchando contra una fuerza que pretende succionarle. Otro bandazo y siente que aquella fuerza que tira de él se debilita. El túnel va recobrando el silencio y las tinieblas más profundas reconquistan su patria. *El Piri* se deja caer, exhausto. Se deja consolar por la dulce oscuridad. Rompe a reír y pega un grito salvaje de júbilo. Al poco rato dos luces tenues se aproximan, agitándose de forma veloz en la oscuridad...

—¡*Piri*! ¡*Piri*!

—¡Tíos! ¡Estoy aquí!

Las linternas llegan hasta él. *El Sépul* es un rostro de cera carente de aliento. *El Barros* contempla a *El Piri* jadeando con el cuerpo plegado, apoyando sus manos en las rodillas:

—¡La madre que te parió, cabronazo!

Los tres colegas se abrazan y ríen como locos, caminando despacio y pegándose patadas y puñetazos de vez en cuando. En la salida del túnel se perfila una sombra que se agita desesperada, deambulando frenéticamente de un lado a otro con la cabeza entre las manos. Cuando percibe dos luces que se aproximan se precipita corriendo hacia ellas.

—¡Qué hijos de puta! —El *Arti* les rodea con los brazos.

Los cuatro amigos continúan caminando por la vía en dirección al sur de la ciudad para volver a sus casas. Les da igual la gélida lluvia, la noche o la muerte. Solo una cosa importa: por una vez han conseguido llegar hasta El Pacífico.

Ha pasado mucho tiempo y ya nadie los llama por sus apodos. Apenas ellos mismos hoy en día los recuerdan. A veces pienso que la muerte, rencorosa, al verse esquivada y burlada, decidió vengarse lentamente de ellos, poco a poco, valiéndose del tiempo

mercenario, hermano del tedio y del hastío, para doblegar sus almas... Aún así, algunas noches me despierto sudando, sobresaltado por una intensa y gigantesca luz que atraviesa un túnel como una exhalación, vibrando y silbando con tal estruendo que agita mi cama... En esas noches me alzo, cojo una botella de vodka, me siento a oscuras en el salón y sonrío.

FOBIA

Se detuvo antes de entrar en la zona residencial donde habitaba para tomar fuerzas y armarse de paciencia. Observó por un momento el paisaje de dúplex, todos clonados como un anacrónico proyecto urbanístico soviético. Todos de igual estructura, blancos con ribetes amarillos, en dos plantas, exteriorizados con una puerta de garaje y un pequeño jardín. Esta visión monótona lo relajaba. Intentaba que en su vida nada desentonara. Prefería pasar inadvertido. Las singularidades o los hechos imprevisibles lo exasperaban. Adoraba la idea de mantener su vida bajo control y la fachada de su casa se lo recordaba a diario. Normalmente volvía a ella con ansia. Un islote de estricta geometría plasmada en arquitectura, exiliado de la vorágine de construcciones caprichosas y desiguales del centro urbano... Sin embargo hoy no sonreía. El día había sido agotador en el trabajo, viéndose agudizado por la primera ola de calor del verano. Era consciente de lo que aquello significaba cuando atravesara la puerta de su hogar. Sabía lo que le esperaba... Todavía le quedaba mucho trabajo por delante, una labor que no era la que desempeñaba cotidianamente en su oficina dominando a la perfección. El cometido que aún le restaba era imprevisible y el solo hecho de pensarlo le producía agotamiento. Respiró con hondura y avanzó hacia la vivienda. La imagen que su mente había preconizado se encontraba allí: su mujer, cabizbaja, sentada en el banco del pequeño y mimado jardín, mirando al suelo, perdida en terribles pensamientos, entrelazando sus delicados dedos con nerviosismo y balanceando su cuerpo adelante y atrás en estado de trance.

—Hola, cariño —saludó el esposo con ternura.

La mujer se sobresaltó al sentir la voz. Inmediatamente corrió hacia su marido y lo abrazó como al deseado mesías de una religión salvadora. Sin dejar de estrecharlo susurró:

—Ya están ahí... Sé que están ahí...

El marido le acarició el cabello con compresión, con un afán mudo de consuelo.

—Déjame darme una ducha y hablemos de ello.

El esposo subió con fatiga a la segunda planta, meditabundo. Se desvistió y se dirigió al baño. Colgó una toalla al lado de la ducha, mientras observaba la bañera rectangular de chapa de acero en color blanco, encofrada. Cordones de silicona entre ella y la pared garantizaban su estanquidad. Reposaba inmersa en mortero anulando cualquier oquedad. Los laterales con muretes de ladrillos estaban fijados con argamasa y alicatados con azulejos. Su estructura era hermética como un sarcófago imposible de profanar. Tiró con fuerza del tapón del desagüe que se resistía a ser arrancado, encastrado a martillo por su esposa.

La mujer se asomó a la puerta del baño e insistió con voz temblorosa:

—Están ahí... ¡Lo sé! Lo presiento... A veces lo oigo... El marido asintió con la cabeza, condescendiente.

—Dame un minuto y estoy contigo.

El esposo se metió bajo la ducha y cerró los ojos, intentando coordinar en su cerebro un despliegue argumental contundente para la batalla dialéctica que tendría que afrontar en breve, repasando su ofensiva.

La inteligencia y la capacidad de reflexión son nuestra principal ventaja evolutiva. Nuestras emociones, entre ellas el miedo, tienen gran poder en los procesos cerebrales. Si nuestro cerebro no tuviera más que corteza prefrontal, donde residen las facultades cognitivas que nos diferencian de los mamíferos, reflexionaríamos de manera lógica, sin emociones, y no repetiríamos patrones ilógicos. El templo sagrado del miedo es la amígdala. Una sola experiencia traumática desarrolla un patrón que el órgano repite y repite... Pero pensar es razonar, y razonar es aplicar las leyes rigurosas y universales de la lógica. La mujer no se apartaba de la puerta del baño.

—¿Todo está normal, cariño? —preguntó con ansiedad, expectante.

—Sí. Todo va bien... Ya termino.

Pero el marido permanecía bajo el chorro de la ducha con las manos contra la pared, repasando una estrategia definitiva. Lo distintivo de nuestro cerebro es su asombrosa habilidad para crear mapas. Cuando los crea genera a la vez imágenes que la consciencia consigue percibir, manipular y aplicarles razonamiento. Los mapas se construyen cuando interactuamos con el mundo desde el exterior del cerebro hacia el interior y cuando recuperamos recuerdos de los bancos de memoria. La elaboración de mapas no se detiene nunca, ni siquiera cuando dormimos. Un recuerdo amedrentador permanece en la memoria de largo alcance del hipocampo y la amígdala ayuda a consolidar los recuerdos y los sentimientos asociados. Cuando una persona revive un suceso traumático, el hipocampo le permite recordar y la amígdala reactiva los intensos sentimientos asociados al trauma... La única solución es cambiar el signo de los sentimientos asociados a los recuerdos para que un nuevo entorno de seguridad y calma se imponga sobre el escenario de pánico existente.

—¿Has visto algo, querido? ¿Has oído algo?

—No... Ya sabes que aquí no hay nada.

El hombre escuchó suspirar profundamente a su esposa a través de las cortinas de baño.

—Pues cuando te vistas baja. La cena está preparada.

El marido se secó el cuerpo, pensativo. Su mujer era maravillosa, llena de vida y optimismo. Su sola compañía le imbuía el espíritu de una inmensa alegría. Pero cuando llegaba el verano, con la primera ola de calor una fobia estacional la acobardaba y rendía. Una fobia irracional la llenaba de insomnio, temblores y palpitaciones durante los meses estivos. Una fobia que la desgastaba, que la consumía arrastrándole a él a un abismo de tristeza, fatiga e impotencia. Todo esto lo había consultado con un experto que le había recomendado que tratara el problema frontalmente. Estos temores acusados y persistentes desencadenan una presencia anticipada de una situación específica que nunca llega a producirse y normalmente su origen es el absoluto desconocimiento del objeto de la fobia. Le había aconsejado que hablara abiertamente con su mujer del asunto y que entre los dos analizaran sin barreras ni tabúes ese terror infundado, excesivo e irracional. El se había

informado al máximo y así lo haría.

Cenaron en silencio. Sin música, sin televisión, sin conversación. La mujer quería estar alerta de cualquier rumor extraño que se produjera en la vivienda. Después de cenar, el marido tomó la mano de su mujer dulcemente y le instó con gran amor:

—Cariño, vamos al jardín a fumar un cigarro.

La mujer se dejó llevar como una niña pequeña y se sentaron en la noche.

—Escucha... No tienes que temer a esos seres. Al contrario, tienes que maravillarte. Yo he estado leyendo mucho sobre ellos y te aseguro que estoy fascinado. ¿Sabes que están en la tierra desde hace muchos millones de años antes que nosotros? Sus organismos son una obra de ingeniería de la naturaleza. Tu pánico nunca te ha permitido observarlos de cerca. Si lo superaras, te sorprenderías e incluso llegarías a admirarlos. Sus cuerpos ovalados y aplanados cuentan con una pequeña cabeza protegida por un pronoto en forma de escudo. El marido consiguió captar toda la atención de su mujer.

—¿Cómo los escudos medievales? ¿Esos en forma de púa?

—¡Sí! ¡Como esos! Su sistema respiratorio es impresionante. Respiran a través de una red de tubos llamados tráqueas que se abren al exterior por medio de espiráculos, excepto en la cabeza... Las válvulas se abren cuando el CO₂ en el interior de su organismo llega a un nivel alto. Entonces, el CO₂ se difunde fuera de las tráqueas, hacia el exterior, y penetra aire fresco oxigenado. El sistema traqueal conduce el aire directamente a las células, bifurcándose continuamente como un árbol, hasta que sus traqueolas de cutículas más finas se asocian a cada célula, permitiendo que el oxígeno gaseoso se disuelva en el citoplasma al otro lado de la fina cutícula de la traqueola.

Según el marido iba desarrollando su discurso, el rostro de la mujer se iba relajando, absorta en la ponencia a la que estaba asistiendo. Le interrumpió con una sonrisa y exclamó burlona:

—¡Vaya! ¡Veo que has estado estudiando!

El marido percibió que su estado de ánimo se fortalecía.

—Por ti cualquier cosa, amor mío... ¡Fíjate qué curioso! Las hembras realizan puestas de entre treinta y cuarenta huevos, largos y delgados, empaquetados como embutidos. Las ninfas surgen de los huevos por la presión del aire que absorben y al inicio son de color blanco brillante. Posteriormente se endurecen y oscurecen. Su etapa blanca es transitoria, por lo que mucha gente ha llegado a afirmar que hay seres de esos que son albinos.

La mujer rio. Su marido empezaba a reconocerla.

—¿Y una hembra cuánta descendencia puede llegar a tener? —Se interesó ella.

—Pueden llegar a vivir hasta un año. Una hembra logra producir entre trescientos y cuatrocientos descendientes durante su ciclo reproductor.

—¡Vaaaaya!

—Además... ¡Esto no te lo vas a creer! Los últimos estudios demuestran que en sus cerebros albergan nuevos antibióticos para la humanidad. Han descubierto hasta nueve moléculas diferentes en sus tejidos que son tóxicas para las bacterias. Estas sustancias

podrían conducir al desarrollo de nuevos tratamientos para infecciones bacterianas resistentes a múltiples fármacos.

—¡Impresionante!

—Por otro lado, ¿te acuerdas de lo que siempre se afirma de que si hubiese una catástrofe nuclear serían los únicos organismos en repoblar la tierra?... Es una leyenda. Es cierto que muestran mayor resistencia a las radiaciones que los vertebrados, con una dosis letal entre seis y quince veces mayor que los humanos. Pero aún así morirían...

El marido se pasó toda la velada aportando datos biológicos y relatando anécdotas. La mujer lo escuchaba con gran interés y atención, viendo su espíritu restablecido. Un prolongado silencio. Finalmente, el hombre bostezó:

—Estoy agotado, cariño... Ha sido un día duro de trabajo.

—¡Y encima, después has tenido que darme una charla! Me siento mucho mejor. ¡Me ha entrado hasta curiosidad! ¡Te quiero!

La mujer lo abrazó alegremente y le dio un prolongado beso de gratitud. Se acostaron. Esta vez la mujer no separó la cama de la pared ni supervisó los extremos de las sábanas para que no estuvieran próximos al suelo. El marido deseó que la conversación hubiera surtido efecto. De no ser así le esperaba una noche de infierno. Ella permanecería insomne y agitada toda la madrugada, despertándolo continuamente para que fuera a mirar al servicio. Pero cuando cerró los ojos y se quiso dar cuenta, le sorprendió la alarma del despertador. Lo apagó y sonrió de felicidad tras una noche de completo descanso. No recordaba un sueño tan apacible y sosegado como aquel desde hacía mucho tiempo... Aunque era posible que en poco tiempo su esposa tuviera alguna recaída, la terapia del día anterior había constituido un gran avance. Alargó la mano y acarició el muslo de su mujer. Le pareció inusualmente frío.

—Cariño... Buenos días —murmuró con pereza.

Ella no contestó. Su muslo le seguía pareciendo demasiado frío...

—¿Cariño?

Se incorporó de golpe y encendió la luz de la mesilla. Se giró hacia su mujer y pegó un brinco en la cama. Los ojos de ella lo miraban desorbitados, opacos e inyectados en sangre. La boca se mostraba horrorosamente abierta, en una mueca torcida y agónica, en un gesto de punzante dolor.

—¡Amor mío!

El hombre saltó sobre su cuerpo y apoyó la cabeza contra el pecho... No le sentía el corazón... No tenía pulso... No notaba su respiración...

—¡Nooooo! ¡Respira! ¡Respira!

El marido la golpeo tres veces el pecho y unió sus labios a los suyos para insuflarla aire. Pero el soplo parecía que no llegaba a sus pulmones. La golpeó de nuevo el tórax y repitió la misma operación... ¡El aire parecía no penetrar! De repente, un ruido áspero pareció brotar de su pecho. Un ruido de sutil fricción ascendió por su tráquea. Después por su garganta. Primero, un par de antenas se asomaron tímidamente por la comisura de sus

labios. Después, un torrente oscuro de cucarachas surgió de su boca, un torrente veloz e interminable. El marido saltó hacia atrás aterrado y huyó de la habitación sin mirar atrás, enloquecido.

EL JURAMENTO

Querida amiga:

No sabes cuánto me duelen tus palabras. He tenido una vida larga y buena. Aún así, en la recta final queda poco en mí de ley positiva humana. Las certezas de mi existencia tiemblan y se convierten en dudas ante el aliento cercano de la muerte. ¿La justicia que impartimos los hombres se equiparará a la justicia de Dios? Hoy que estoy tan próximo a la ley divina no sabría decirte si tu abuelo Alonso, mi gran amigo, tomó las decisiones correctas durante sus años de regidor. Si hablamos de la primera justicia a la que me he referido, creo que sí cumplió, a pesar de sus defectos y su inflexibilidad. Sobre la consulta que me realizas, como juez de paz en otro tiempo, te puedo decir que la autoridad judicial no puede intervenir en la exhumación del cadáver de Lucía, La Santera. Han pasado demasiados años y, aún así, no estaría justificada. Es una autorización que compete única y exclusivamente a sus familiares... Y a pesar de que todo sucedió hace tantos años, os habéis seguido odiando Q 62 durante dos generaciones. El rencor solo trae autodestrucción. Como amigo sí te puedo asegurar una cosa. A veces temo que el dolor te haya hecho perder la razón. Nadie lo va a entender, hija mía, pues te quiero como a una hija, como a una nieta. Yo no puedo aceptar tus argumentos y, si por un casual llegara a comprenderlos, si atisbara una duda mínimamente razonable, estaría aterrado ante la ley divina a la que tendré que enfrentarme en breve. Deja estar a los muertos, Laura. Sé que es duro, pero debes afrontar con entereza las tragedias de la vida y pensar en las personas que te restan, en tus otros hijos que te necesitan. ¿Qué te puedo decir? Te debería decir que lo que me expones son conjeturas subjetivas de nefastas casualidades. Olvida esa idea absurda. Deja ir a los muertos, Laura. Déjalos marchar.

Por favor, Silvia, no tires este papel. Léelo y tenlo en consideración. Sí. Soy yo otra vez, Laura. Siempre que te busco me esquivas y huyes de mí como si de una apestada se tratara. Cada vez que te llamo para intentar hablar contigo me cuelgas el teléfono. Escúchame, por favor. ¡Necesito que me escuches! ¿Acaso mi pobre hijo tiene la culpa de que su abuelo fuera terco y altivo, de que incumpliera su palabra por orgullo? ¡Sí! ¡Lo sé! ¡Lo sé todo! Tú también los sabes. Por esta razón estuviste en litigio con mi abuelo hasta el fin de su vida y, aún hoy en día, cuando vas al cementerio a visitar a tu abuela Lucía, La Santera, la gente te ve escupir sobre su tumba. ¡Sí! Mi madre me lo confesó... Mi pobre niño, mi primogénito. Muerto. Su alma perdida, errante en un campo yermo. Cuando también encontraron a mi tío mayor Francisco, lívido, sin aliento, en el tronco hueco de ese maldito árbol en el que tantos niños se han escondido para jugar sin que les ocurriera nada, solo a él y años después a mi niño ¿cómo iba yo a saber que mi madre, obsesionada con Lucía estaba en lo cierto? Injuriaba contra ella, pero al mismo tiempo clamaba al cielo, suplicándola. En ese momento me contó la verdad y yo no le di crédito. Pero ahora... Otra vez... De nuevo otra vez... ¡Mi niño! ¡Mi pequeño! ¡La sangre de mi sangre! ¡Hoy estoy convencida, Silvia! ¡Lo sé! Y sé que mi niño está atrapado, perdido, sin descanso eterno. Estoy desesperada, loca. Me arranco los cabellos y me arañó el

rostro hasta hacerme sangrar. ¿Quieres mi vida? ¡Te la doy gustosa y te la daría cuántas veces hiciera falta! Pero te lo ruego, te lo suplico. Tú también eres madre. ¡Ayúdame a salvar a mi hijo! ¡Solo a ti te corresponde! ¡Solo tú puedes poner fin a tanto daño! ¡Por favor! ¡Te lo imploro! Firma la autorización para exhumar los restos de tu abuela y enterrarla de la forma en que le fue jurada por mi abuelo. Mi marido se ocupará de preparar el ataúd. Aunque no me cree, está dispuesto a ocuparse de todo con tal de complacer a esta pobre loca. Si quieres que me humille, me humillaré e iré hasta tu casa para pedírtelo de rodillas. ¡Por favor, Silvia! ¡Por favor! ¡Ten piedad de esta madre que sufre lo que ningún ser humano ha sufrido!

1920

Aunque aún es pronto, el sol ya se ha rendido, extenuado. En las largas noches de invierno cuando el firmamento resplandece y hace demasiado frío como para que nieve, la helada bruñe la luna haciéndola relucir dura como un diamante. Los perros le ladran lastimeros como anunciando un mal presagio. El pueblo que circunda la iglesia se abraza al templo, tiritando. Una luz mortecina oscila a las afueras en dirección a la ermita de El Cristo, avanzando por un sendero de esbeltas cruces pétreas que marcan las estaciones del Viacrucis en Semana Santa. Las cruces rodean la cantera de granito que flanquea El Cristo. La luz del astro nocturno ilumina en la preciada cantera la formación rocosa conocida como La Casa de Dios y traspasa La Raja del Diablo. El viento es cruel como un niño. A la vez que juguetea distraído con la nieve de ayer, ahora apelmazada, corta sin piedad el rostro de Lucía, *La Santera*, que camina por el sendero sosteniendo un candil de carburo.

La anciana es bajita y camina encorvada, como si los seres amados que ya han fallecido tiraran con impaciencia de su corazón cansado hacia la tierra para reencontrarse con ella. Su ropaje es negro. De su pañuelo sobresalen dos coletas de color gris acero cuya dureza contrasta con la dulzura del color oscuro de sus ojos, siempre humedecidos por lágrimas perpe65 tuas. Todos han muerto y sus dos hijos han huido del hambre. Una vez al año consiguen reunir dinero para visitarla. *La Santera* está sola.

Lucía es tan inocente que las burlas de los chavales a su paso no le hacen daño. Es pobre. Muy pobre. Ha vivido y vive de las limosnas del cura por mantener limpio El Cristo, la ermita que dista medio kilómetro del pueblo. Ella es agradecida y ama tanto a su Cristo que no podría dejar pasar ni un solo día sin dejar de visitarlo dos veces, al alba y al crepúsculo. El Cristo es su vida y el corazón del pueblo. Las mujeres le presentan a sus hijos a los cuarenta días de haber nacido. Durante San Antón los hombres llevan los animales para que sean bendecidos. En el día de las aguas, en miércoles de Pascua, el pueblo se reúne allí al compás de tambores y gaitillas para comer hornazo y almendras garrapiñadas. Ese día, el magnífico esqueleto de la gran morera centenaria que precede y escolta la ermita y que hasta los más viejos siempre han conocido seca, borra su severo semblante, tocado en siniestras ramas gruesas, y retorna a la vida al son de la música y de los gritos de los niños que se esconden en el gran vacío del interior de su tronco, al que se accede por la parte superior como si de una cámara oculta se tratara. El destino del árbol centenario y el de Lucía están indisolublemente unidos. *La Santera* está segura de ello.

Unos pasos más y la anciana distingue la silueta del amenazante guardián de la ermita, siempre unos pasos al frente de ella. Es el único ser que no ha abandonado a *La Santera*. El único con el que puede contar a diario. Se detiene al lado del tronco y con su áspera mano acaricia el liso tronco que el paso del tiempo ha pulido. Lucía, jadeante, toma aliento y alza la cabeza hacia la copa cadavérica de la morera:

—Siento que ya no me quedan fuerzas. Presiento que me queda poco. ¿No oyes como aúllan los perros? Pero he sufrido tanto en la vida, he llorado tanto, que no tengo miedo. Tú nunca me has abandonado y sé que nunca lo harás. Don Alonso me lo ha prometido. ¡Él me lo ha jurado! Nos queda poco, mi único compañero. Muy poco.

La Santera deja caer la mano y busca en el bolsillo de su faldón la llave del sacro lugar. La ermita es pequeña. Enciende unas velas y barre entre sombras. Cuando el viento hace penetrar en el interior del templo los ladridos de los perros, Lucía interrumpe su labor, sobresaltada, y se estremece. De repente tiritita, invadida por un frío súbito. Se siente observada. Los ojos de la Virgen que acompaña a la imagen de Jesús Redentor parece que la siguen. La contemplan desde siempre. Desde niña. Lucía no alberga maldad alguna. Es toda bondad e inocencia. La pobre vieja se sienta dando un suspiro, toma su rosario y reza. De tanta piedad, dos lágrimas de sangre ruedan por el rostro de la Virgen. *La Santera* interrumpe el rezo y le limpia el rostro con amor, como tantas otras veces ha hecho. Es su secreto.

—No llores Madre Mía...

La apariencia del regidor del pueblo es imponente. Suele caminar a caballo con lentitud, con la prepotencia del que inflige daño y nunca lo ha sufrido. Le gusta que a su paso la gente incline la cabeza al saludarlo. No hay terreno en la villa que no sea suyo ni alma a la que no doblegue a su antojo. Ha trabajado mucho durante toda su vida, inflexible y cruel, para mantener íntegra la herencia de sus padres, de sus abuelos, de sus ancestros.

—Don Alonso... Lucía, *La Santera*, está en la puerta —lo interrumpe una de las sirvientas—, pide hablar con usted.

El regidor se remueve en la poltrona del escritorio con fastidio. Duda por un momento.

—Dile que pase.

Lucía entra en la estancia tímida y miedosa, como si de forma magnánima le hubieran concedido una solemne audiencia. Es la primera vez que entra en la casa del regidor.

—Buen día, Don Alonso —susurra en pie desde el centro de la estancia con la mirada baja. No sabe bien cómo empezar. Es inculta y torpe. No quiere ofender al regidor.

—Hola, Lucía. ¿Qué quieres? —responde Don Alonso, girándose hacia ella y clavando las espuelas de sus botas en la madera del escritorio.

—Señor... ¿Se acuerda del pasado San Antón, cuando llevó sus caballos a El Cristo para que fueran bendecidos? ¿Recuerda el juramento que me hizo?

El regidor da un gruñido. No le gusta que le recuerden las promesas y menos gente de la calaña de Lucía. ¿Qué sabrán ellos de honor? A Lucía le tiemblan las piernas.

—¿Lo del árbol seco?

—Sí, señor. La morera de delante de El Cristo. Don Alonso, se lo ruego. Sé que me queda poco. Todas las noches siento ladrar los perros a la luna y en mi casa el viento bate puertas y ventanas. En mi vida solo he conocido El Cristo y esa morera seca ha sido mi única compañera. Quiero irme tranquila... Podría asegurarme que el ataúd que me envuelva llegada mi hora estará hecho de su madera. Se lo ruego...

El regidor se pone en pie bruscamente. Sus ojos relampaguean de furia. Lucía da un paso hacia atrás, asustada.

—¿Que te prometa de nuevo? ¿Acaso no me lo hiciste jurar ese día? ¿Vienes a mi casa, a mi propia casa a insultarme, a decirme que no conozco el valor de un juramento, que pones en entredicho mi palabra?

Lucía se precipita hacia el regidor y se arroja al suelo de rodillas llorando, tomándole la mano y besándosela.

—¡Mi señor! ¡Mi señor!... no es eso. No me malinterprete... Soy tan torpe. Solo quería decirle que llega mi hora. Solo tuve miedo del olvido, no de su palabra...

Don Alonso aparta la mano hacia atrás violentamente y da la espalda a la anciana. Respira hondo intentando aplacar su ira.

—Retírate y no te preocupes, Lucía. Tienes mi palabra —reitera el juramento sin girarse hacia ella.

—Gracias... Gracias... Quede usted con Dios, mi señor... —susurra *La Santera*, agradecida.

Lucía abandona la casa del regidor con los ojos llenos de alivio y alegría.

Desde hace varios meses el Cristo pasa los días solo. La gran morera se antoja más lúgubre y huraña. Incluso en el día de hoy, miércoles de Pascua, se niega a relajar su semblante, obstinada. Ha terminado la misa y el templo ha quedado vacío. La gente del pueblo se ha reunido fuera al compás de tambores y gaitillas. A pesar de la música y los gritos de los niños la ermita parece triste.

El sacerdote ofrece unas almendras garrapiñadas al regidor.

—Don Alonso, qué pérdida más grande la muerte de Lucía. No encontraré a nadie con su dedicación y diligencia en el cuidado de la ermita.

Alonso se encoge de hombros con aparente indiferencia. En realidad ese día, como en los anteriores, no deja de tener en mente a *La Santera* y la incumplida promesa. En el fondo siente rabia porque el recuerdo de Lucía le hace ver al desnudo, de forma cruel y despiadada, la clase de hombre que es. Por eso la odia y la odia, siempre más profundamente. Pero se repite una y otra vez hasta convencerse:

—Tengo realmente asuntos graves de los que preocuparme. No tengo tiempo para

antojos. ¿Qué saben los demás de honor? El honor está circunscrito a los de mi alcurnia y solo ellos pueden apelar a él. ¿Quién es *La Santera* para hacerme exigencias incluso desde ultratumba con su recuerdo?

Don Alonso, malhumorado, se aparta del sacerdote. Quiere estar solo. Penetra en la ermita. Se sienta entre las sombras de los cirios frente a Jesús Redentor, atormentado, acosado por la evocación de Lucía con la cabeza entre las manos. Sopesa largamente sus actos y una voz interior le susurra sin cesar que se equivoca. La cólera irrumpe en toda su alma como un torrente, anegándola. Se pone en pie bruscamente y la soberbia le hace clamar con fiereza:

—¡Maldita Santera! ¡No! Su voz retumba en el altar. Después silencio. Un frío repentino le invade y se frota los brazos con las manos. Su respiración exhala vaho. El subconsciente de Don Alonso, como un centinela ancestral e innato, le hace buscar con la vista la presunción sobrenatural que parece que le rodea. Siente que dos ojos le observan. Gira su mirada a la derecha de Jesús Redentor buscando el origen del súbito desasosiego y se enfrenta a los ojos de la Virgen que le dejan prendado, como si tuvieran una insólita vida. De repente, dos lágrimas de sangre se desprenden de ellos y ruedan. ¡No es posible! Don Alonso se precipita hacia La Madre, sobrecogido. Pasa su mano por las mejillas sagradas dejando un borrón rojo en el inmaculado rostro. Tiembla. Retrocede sin dar la espalda al altar hasta salir de la iglesia. Corre hacia su caballo y montando de un salto parte violentamente a galope tendido. Los vecinos del pueblo se apartan para no ser embestidos y lo contemplan partir, atónitos. Espolea y espolea su caballo, enfurecido, loco de ira y de rabia. Corre. Vuela. Los costados de la bestia chorrean sangre. Don Alonso jadea, desbocado. El animal comienza a echar espumarajos por la boca hasta que cae reventado en tierra, derribando a su jinete. El regidor se levanta y avanza hasta el caballo que relincha de dolor, destrozado por dentro. Don Alonso echa mano de su revólver y dispara a la cabeza del corcel sin que le tiemble el pulso. Alza la vista al cielo y grita:

—¡No! ¡Ni por mi vida ni por mi alma! ¡Ni por la vida ni por el alma de mis hijos, ni de los hijos de mis hijos!

EL VIEJO POETA

De El Corrillo a la Plaza de Anaya, por La Rúa, se dirige el viejo poeta con el largo cabello escarchado. Su noble tez morena está bruñida por el viento. Si no fuera por la impecable cha-queta y la corbata, se le podría confundir con un chamán indio o con un anciano guerrero apache. Su estado de ánimo lo dictan el cielo y los astros. Cuando el sol desnudo le acaricia la piel del rostro su alma resplandece y durante el trayecto se detiene caprichosamente, regalando a las jóvenes poemas manuscritos en servilletas de papel para robar un beso pa-ternal o una sonrisa. En esos días siente deseos de amar y ser amado.

En cambio, si las nubes empiedran el éter o el sol se vela, su espíritu se empaña y nadie sabe en qué mundo se encuentra ni qué frontera ha traspasado. Va hablando solo, furibundo, con los ojos enfoscados y salvajes, litigando con una sombra que asegura llevar a su lado, aquella sombra a la que acusa de haber plagiado su obra. No tiene nada ni tiene a nadie. Solo un fantasma lo acompaña. Camina con un cuaderno bajo el brazo y el puño encrespado, gritando, gesticulando con dureza. A veces llorando de desesperación e impotencia, perdido en una ficticia fachada plateresca. Los que no lo conocen se apartan de su paso, temerosos.

EL VIEJO POETA

¡Impostora! ¡No quiero escucharte! ¡Calla! Tus palabras son batir de alas negras. Me has arrebatado la juventud, el ingenio y la belleza... Mis ojos ya no reconocen mi alma. Lees y relees los versos que compuse a quien amé de antiguo, mancillándolos con tu cruel mirada. En el crepúsculo de mi existencia ya son tuyos. También aquellos que ensalzaron lo humano y lo divino los has sostenido con tus hirsutos dedos hasta hacerme enloquecer. Te has apropiado de todo y, aún así, bailas a mi alrededor tu danza macabra. ¡Deja de burlarte de mí! ¡Vete! ¡Ya no me resta juicio con el que sustentarte!

El viejo poeta avanza por La Rúa, ingobernable y fiero, espoleado por un espectro ilusorio. Una mujer y una joven, a las que ayer regaló unos versos, lo divisan.

LA MUJER

¿Qué le sucede al viejo poeta? ¿Habla solo?... Porque camina solo. ¿A quién intenta apartar con gesto violento? Ayer era caballerosidad y esplendor. Hoy anda turbio y opaco como si atravesara una ciénaga.

LA JOVEN

¿Qué le sucede al viejo poeta? Es cierto. Habla solo porque camina solo, pero es como si algo espantoso lo rondara. Mira el gesto de dolor de su rostro. Mira la herida mueca de desesperanza. Ayer me besó en la mejilla cálidamente... Hoy me da miedo su sola visión... ¡Me da miedo! ¡Me aterra!

La mujer y la joven se cambian de acera, presurosas. El viejo poeta ni siquiera se percata. Hostigado por la sombra prosigue, engullido por su sincera irrealidad. Frente a él se aproxima un universitario que lo conoce y aprecia desde hace cuatro años. Sabe muy

bien de su luz y de su sombra. Desde la distancia ya ha percibido el asedio que sufre el viejo poeta. Le impide el paso con una sonrisa.

EL UNIVERSITARIO

Viejo poeta. No desesperes y seca tus lágrimas. ¿Qué te angustia, querido amigo? ¿Por qué maldices? ¿Qué dolor te aqueja?

El viejo poeta se detiene y le mira a los ojos. Parece hallar un resquicio de cordura en su razón turbada. Lo reconoce.

EL VIEJO POETA

Hijo mío... Esta sombra me lo ha arrebatado todo y, aún así, no se conforma. Me tortura sin piedad murmurando los versos que he compuesto con su aliento silbante y profano. Eran lo único que me restaba. Mis versos. Ella lo sabe y me atormenta con ellos, susurrándolos pálidos y marchitos, como 76 una letanía de difuntos. Me los escupe como cuerpos fríos, sin pulso, muertos, cubriendo mi alma con una costra de cadáveres que la asfixian. Hace tiempo que vino a mí desde muy hondo guiada por mi ya extinta llama. Hijo mío... Cuídate de vivos y muertos porque las almas de ambos envidian lo mismo. En mi juventud fui uno de los más grandes poetas y por ello pagué las consecuencias en esta vida y tal vez incluso en la venidera... Todos me escupen... ¡Me escupen! Pero escucha y aprende... ¿Sabes por qué el sapo escupe a la luciérnaga?... Porque brilla...

El universitario contempla con compasión y cariño al viejo poeta. Apoya su mano joven en el hombro cansado del anciano y contempla el abismo a través de sus pupilas. El viejo poeta mantiene la mirada, anhelante de un atisbo de esperanza.

EL UNIVERSITARIO

No te preocupes, amigo mío. Yo te conozco y sé que tus versos son tuyos. No te tortures e ignora ese fantasma que te acompaña. Hace frío. Toma mi brazo y vayamos a un café. Allí me cuentas.

El viejo poeta, tembloroso, se aferra al brazo del muchacho, anclándose finalmente a la realidad. Los tres juntos atraviesan la Rúa.

LA TAROTISTA

Era la cuarta vez que viajaba en invierno a la aldea de pescadores y era la cuarta vez que sentía el retroceso de un siglo en el tiempo. Las casas encaladas añoraban el resplandor del blanco robado codiciosamente por el salitre del mar. Rostros intermitentes, curtidos por el viento de levante, cruzaban fugaces miradas de desconfianza. Las ropas de tres niños que jugaban con un palo y una piedra le traían a la memoria documentales de una posguerra ya olvidada. Puertas y ventanas malhumoradas anunciaban que los forasteros allí no eran bien recibidos. Al llegar a la plazuela de la aldea tomó la calle que se alzaba por la izquierda de la achatada iglesia. Era la cuarta vez que pasaba por delante de esa casa. Su construcción era irregular. Estaba precedida por un pequeño jardín y flanqueada por una palmera. La forja de las rejas de las ventanas terminaba en cruz y en una de ellas, como era habitual, colgaba un folio escrito a mano, ahorcado con hilo:

“Psicovidente, tarotista y masajista de reiki. Solo la voluntad. Desde siempre. 24 horas al día. Desde siempre. Centro del pueblo. Desde siempre. Victoria. Pasen y llamen a la puerta.”

Desde hacía cuatro años su curiosidad se había visto imantada por el reclamo. ¿Quién sería esa tal Victoria? ¿Sería una vidente de verdad o una impostora? ¿Adivinaría el pasado? ¿Tal vez el futuro? Siempre había viajado acompañado al lugar y nunca había confesado a nadie su deseo de conocer a esa mujer, de conversar con ella para determinar si eran ciertos los dones que anunciaba. Esta vez había venido solo, sin rumbo y sin tiempo. Pensó un instante. Debía obtener información sobre ella. Dio media vuelta y se dirigió al único bar de la aldea que permanecía abierto en invierno. Extrañamente el chaval le recibió con una sonrisa:

—Buenas tardes. ¿Qué va a tomar?

—Un café con leche, por favor.

Atardecía. En la penumbra del bar solo se perfilaban las sillas patas arriba encima de las mesas. El ruido de la cafetera rompió el vacío. Viendo la buena predisposición del chico, Oscar inició una conversación con una finalidad que inconscientemente había decidido ejecutar hacía cuatro años, desde el mismo momento en que pasó por primera vez por delante de la casa de la tarotista.

—¿Eres de aquí? —preguntó.

—Sí. ¡De toda la vida! —rio el joven.

Oscar rio también y supo que iba a obtener del chico la información deseada.

—¿Cuántos habitantes tiene el lugar? —se interesó Oscar, fingiendo que era la primera vez que lo visitaba.

—En invierno unos ciento cincuenta. Sin embargo, en verano se llena de turistas.

—¿Y cómo es la vida en este sitio?

El camarero se encogió de hombros:

—Bueno... Tranquila. A mí me gusta.

—¿Hay escuela?

—Sí, hay una... ¡Lo que casi no hay son niños!

Oscar sonrió y continuó haciéndole preguntas banales. El chaval también se interesó por su vida: de dónde venía, a qué se dedicaba, a dónde se dirigía... Oscar estaba apurando el café y consideró que el chaval ya había cogido la suficiente confianza con él como para encajar una pregunta que podía resultar incómoda. En los lugares pequeños la mayoría de la población está unida por algún tipo de vínculo y Oscar se arriesgaba a que su interlocutor fuera familiar o amigo de su objetivo.

—¡Oye! Te quería hacer una pregunta. En la casa de la calle de al lado de la iglesia hay un anuncio de una tarotista... ¿Quién es esa mujer? —preguntó Oscar a la vez que escudriñaba su rostro en búsqueda de alguna reacción que le indicase que la pregunta era inadecuada. Pero el chico sonrió:

—Es la loca del pueblo. Dicen que antes era normal, pero que le ocurrió algo y cambió. Se volvió loca.

—Pero loca. ¿En qué sentido?

El chico se encogió de hombros.

—Pues loca... En el sentido de loca.

Oscar no quiso insistir.

—¿Y tiene familia?

—Vive con su madre.

—¿Pero se relaciona con la gente del pueblo?

—Sí... Es sociable.

Oscar notó que el chico cada vez respondía de forma más seca a sus preguntas y que el tema le estaba empezando a dar fastidio.

—Bueno... Me tengo que ir ya. Gracias por la conversación. ¿Qué te doy?

Oscar salió del bar, se cubrió la cabeza con la capucha de la cazadora de cuero y encendió un cigarro, tiritando. A pesar de ser solo las siete era noche cerrada. Una bruma procedente del mar había invadido furtivamente la costa hasta adueñarse de la aldea. Los barcos de pesca amarrados desdibujaban sus contornos, ofreciendo ensueños de buques fantasmas. En veinte pasos estaba de nuevo en la plaza, al lado de la iglesia, observando una tenue luz procedente del interior de la casa de la tarotista.

—¡Vamos! —se animó a sí mismo.

Tiró la colilla y avanzó decidido hacia la verja de metro y medio que permanecía entornada. La cruzó. No había ningún timbre. Llamó a la puerta con los nudillos y al poco tiempo se entreabrió. Se oyó una voz de mujer.

—¿Quién es?

—Hola. Me llamo Javier —mintió Oscar—. ¿Está Victoria?

—¿Por qué?

—Es que he visto el anuncio de ahí afuera. Pone que aquí vive una señora llamada Victoria que aparte de ser tarotista y vidente es masajista. Llevo todo el día conduciendo y me duele un montón la espalda —volvió a mentir Oscar, pensando que durante la sesión podrían charlar sin que ella estuviera condicionada con tener que adivinar algo de su vida. De esta manera no estaría sobre alerta y él podría encontrar lagunas y contradicciones en su discurso si era una estafadora.

—Yo soy Victoria. Pasa.

La puerta se abrió por completo y Oscar descubrió una mujer de unos cincuenta años, enlutada de arriba a abajo con una ropa tan austera que le confería más el aspecto de una curandera que el de las engalanadas y maquilladas tarotistas que tenía en mente. Las tensas raíces de un pelo de prematuro gris homogéneo permitían adivinar una coleta o una trenza arropada bajo el negro pañuelo. La amplia distancia entre sus almendrados ojos verdes, la recta nariz y la nítida barbilla denotaban una aguda inteligencia. Su penetrante mirada le hizo sentirse incómodo por un momento, dándole la absurda sensación de que aquella mujer estaba evaluando con precisión todos los secretos de su alma.

—Gracias.

Al cruzar el umbral Oscar oyó la puerta cerrarse tras de sí y contempló una casa muy antigua, con unos muebles muy antiguos y un olor muy antiguo. Al mirar a la derecha un escalofrío recorrió su cuerpo. Frente a un televisor encendido, pero sin sonido, había una anciana, absorta, sentada en una mecedora. Llevaba una vieja bata de cuadros rojos y azules. El cinturón de la bata rodeaba su cuerpo pasando por el respaldo de la mecedora a la que estaba amarrada.

—A parte del masaje, ¿quieres realizar alguna consulta espiritual? ¿Quieres saber algo de tu futuro? Soy vidente desde niña.

—Bueno... Pues ahora mismo no se me ocurre nada —respondió Oscar, aún impactado por la imagen de la anciana. No se movía. Miraba la televisión, pero era como si sus ojos atravesaran la pantalla, la pared, la realidad, para verse inmersa en otro mundo que requería la máxima atención de todos sus sentidos. No se había inmutado con la entrada de un extraño en la casa ni con el rumor de las palabras. No había hecho ni un solo gesto.

—¿Algún problema sentimental? ¿Mal de amores? ¿Trabajo?

—No sé... Si me viene algo a la cabeza mientras me das el masaje te lo consulto —respondió Oscar, mirando de reojo a la vieja. Se la veía bien atendida. El pelo corto se mostraba meticulosamente peinado. Tal era la pulcritud del rostro que parecía moldeado en cera.

—Los masajes que hago son de reiki. ¿Lo conoces? Trabajo con energías imponiendo las manos. Pasa a esa habitación.

Oscar cruzó el salón e intentó que la visión de la anciana no le arruinara las preguntas que quería hacer a la vidente desde hacía tanto tiempo. Entró en una habitación vieja, muy limpia, con dos camas, un perchero y dos sillas.

—Cuelga la cazadora ahí, quítate el jersey y la camiseta y tumbate en esa cama.

Oscar obedeció. La tarotista dejó entreabierta la puerta de la habitación e inconscientemente él, desde la cama, giró la cabeza hacia allí, como si temiera de repente ver aparecer a la anciana.

—Relájate —susurró dulcemente.

Oscar se dejó llevar por aquel susurro que le resultó extrañamente familiar al subconsciente.

—¿Tienes molestias aquí? —preguntó la tarotista presionando lentamente con las dos manos la zona lumbar.

—Sí. Precisamente ahí —le siguió el juego Oscar.

—Eso es de montar en moto. Has hecho un viaje muy largo y tienes esta zona inflamada.

—Mal empezamos —pensó Oscar para sus adentros. No había descubierto el engaño de que llevaba todo el día conduciendo. En realidad venía de una ciudad cercana. Tampoco le dolía la espalda. Además la vidente se había precipitado en sacar conclusiones de su apariencia física y su forma de vestir. Ni conducía motos ni le gustaban. Se sintió decepcionado.

—Tienes que buscar paz interior. Veo que estás muy estresado por tu trabajo y que tienes muchas preocupaciones. Necesitas un poco de calma y de tiempo para ti mismo — continuó susurrando la tarotista mientras le frotaba la espalda.

—Es cierto —respondió Oscar. Pero no era verdad. Llevaba varios días viajando por calas solitarias y se encontraba equilibrado y a gusto consigo mismo—. ¿Te puedo hacer una pregunta? —se lanzó Oscar—. Me has dicho que eres vidente desde pequeña. ¿Cómo funciona eso?

Victoria sonrió mientras continuaba dando el masaje, haciendo pequeñas cruces con el dedo pulgar derecho sobre su espalda:

—Veo cosas. Veo el pasado y el futuro. Veo enfermedades. Veo otros seres y otras realidades. Abro la mente de las personas hacia otras dimensiones. Mira, tienes la zona lumbar muy mal. Cuando montes en moto, intenta llevar una faja de neopreno para que no se resienta.

Oscar asintió decepcionado. No merecía la pena seguir haciendo preguntas. La tarotista insistía en una deducción falsa. En pocos minutos se le había venido abajo un castillo erigido durante años con fantasías, curiosidades y esperanzas de conocer a una persona realmente extraordinaria.

—No sé si voy a poder curarte con una única sesión. ¿Vas a estar aquí más días? —preguntó la mujer.

—No. En un par de horas me marcho de la aldea —respondió Oscar, deseando ya que

el masaje terminara.

—Bueno. De todas formas lo voy a intentar. Cierra los ojos y relájate.

Oscar cerró los ojos y suspiró profundamente, resignado a continuar con la mentira hasta que la sesión terminara. Cuando se marchara solo conservaría en la memoria una voz encantadora y una cautivadora mirada. De repente, sintió un agudo pinchazo en la columna e intentó erguirse, pero solo consiguió volver la cabeza. La tarotista le había clavado una fina y larga aguja entre las vertebras. Gritó por el dolor de la punzada e intentó alzarse sin que sus miembros reaccionaran.

—Tranquilo... Ssssh... No te preocupes. Ya verás cómo después te sentirás mucho mejor —quiso calmarle la vidente mientras cogía otra aguja con frialdad y lentitud—. ¿Sabes? Llevaba cuatro años esperando a que te decidieras a entrar en mi casa y ayer soñé contigo, Oscar. Aunque no te has sincerado conmigo, obtendrás respuestas a todas tus preguntas.

“Psicovidente, tarotista y masajista de reiki. Solo la voluntad. Desde siempre. 24 horas al día. Desde siempre. Centro del pueblo. Desde siempre. Victoria. Pasen y llamen a la puerta.”

—¿Quién sería esa mujer? ¿Realmente adivinaría las cosas? —se preguntó Ana. Su novio la había dejado hacía poco y se encontraba perdida. No creía mucho en el tarot, pero que alguien le escuchara en su situación y le diera algún consejo no la vendría mal. Cruzó la verja tristemente y se dirigió a la puerta. No había timbre y llamó con los nudillos. La puerta se entreabrió y oyó una voz de mujer:

—¿Quién es?

—Hola. ¿Eres Victoria?

—¿Por qué?

—He visto fuera el anuncio. Me gustaría que me echaras las cartas...

—Yo soy Victoria. Pasa.

Ana entró y oyó cerrarse la puerta tras de sí. Se sobresaltó ante la visión de una anciana en bata viendo la televisión con el volumen quitado. El cinturón de la bata había sido utilizado para mantenerla apresada en la mecedora. A su lado, en un sofá, un hombre inmóvil con la mirada perdida en la pantalla la acompañaba.

ÁNGELUS

Después de más de dos décadas, regresé a mi ciudad con lo mismo que me marché: un petate con escasa ropa. Había viajado por todo el mundo, impulsado por llenar un vacío que desde pequeño, y todavía hoy, me acompaña. A veces me pregunto por qué volví... Solo sé que atravesando un mar anochecido, encontrándome perdido en la cubierta de un viejo barco ballenero, con la frente llena en desiertos de arena y hielo, la resplandeciente negrura de la inmensa nada me preguntó:

—Cuando se sumerge el sol... ¿Dónde se esconde? ¿En dónde duerme? ... ¿Y Dios? ¿Te acuerdas de cómo era?

La luna, blanca y triste, espantaba el horizonte proyectando mi vida como un capricho goyesco que enlutecía el mar. No. Ya no recordaba cómo era. Si alguna vez quizás estuve próximo a Él fue en mi ciudad natal, siendo joven, cubierto de frío, silencio y románico. Decidí volver a mi lugar de adolescencia para averiguar dónde se esconde el sol cuando duerme, anhelando una prueba de fe.

Bajé del tren que de madrugada recorría en secreto la meseta, veloz, silente y solitario. Cuando salí de la estación, la hora, el cielo estrellado sobre la muralla y la helada conspiraron para hacerme morir de nostalgias. A pesar de los años, callejeé sin dificultad hasta llegar a la puerta de la casa de mis padres, muertos hacía siete años, donde la fiel y querida vecina Esperanza me había dejado las llaves bajo un tiesto marchito. Contuve un sollozo y entré en la casa, toda de sábanas blancas cubriendo muebles, como fantasmas. Mi habitación permanecía inalterada, tal como la dejé cuando me fui sin mirar atrás, a pesar de su expresión perpleja y resentida por mi incomprensible abandono. Me eché sobre la cama, agotado de un viaje baldío que había durado demasiados años, desembarcando siempre en el mismo puerto de desesperanza, en un círculo vicioso de paisajes cambiantes, quizás debido a mi mal karma.

La mañana invernal estremeció mis parpados con sus dedos amoratados de frío y abrí los ojos. Había deambulado tanto que cada vez que me despertaba me costaba esfuerzo recordar en dónde había ido a caer la noche anterior. Reconocí mi cuarto y sonreí, comprobando de un vistazo que este aún conservaba su juventud, con mis libros infantiles y mis medallas deportivas colgadas... Lo primero que hice fue visitar a Esperanza. Cuando abrió la puerta, la mujer alta y rubia que recordaba como una valquiria, aquella que me había visto crecer, queriéndome como a un hijo, era una anciana con el cabello bellamente encalado y un tanto encorvada... Sus ojos, fatigados por los bordes, aún conservaban ese intenso fulgor azul que yo evocaba de tanto en cuando cada vez que cruzaba un océano. Descubrí que todavía albergaban ese cariño por mí. No dijo nada... Tomó mi rostro entre sus manos temblorosas, aquejadas de reuma, acariciando bellos recuerdos que rodaron por sus mejillas en silencio... La abracé, haciendo un esfuerzo por no llorar...

—Esperanza... Querida vieja...

Me miró con felicidad, como si hubiera echado de menos esas palabras.

—De niño eras un descarado y me llamabas vieja siendo joven. Hoy no te lo puedo reprochar. Sí, ahora me puedes llamar vieja... Pasa, hijo mío...

Charlamos casi toda la mañana. Me habló de los últimos años de mis padres, intentando no mencionar, ni siquiera sugerir, la cierta y dolorosa pena que mi vacío injustificable les debió provocar. Tras breves horas le besé la mano.

—Dime, vieja... ¿Y qué ha sido de mis amigos?

—¿Tus amigos?... Ya nunca vienen por aquí. Parece que los jóvenes huyen de esta ciudad como de una maldición... Se fueron a Salamanca a estudiar a la universidad. Después supongo que encontrarían trabajo en otros sitios y formarían familias propias en lejanos lugares porque, desde luego, aquí nunca vienen o al menos yo no he coincidido con ellos. Solo se ha quedado el Padre Miguel.

—¿Cómo que el Padre Miguel? ¿De qué padre hablas, vieja?

—Sí. ¡Miguel! ¡Tu amigo! Con el que más ibas.

—¿Miguel? ¿Mi amigo Miguel? ¡Sacerdote! ¡Me estás tomando el pelo, vieja! — rompí a reír a carcajadas.

—No, hijo mío —respondió Esperanza también riendo—. ¿Quién lo iba a decir? Las vueltas que da la vida. ¡Pero sigue teniendo el mismo carácter!

—¿Y donde lo puedo encontrar?

—La diócesis le asignó el Santuario de la Virgen de Sonsoles. Si vas allí, lo verás.

Me despedí dulcemente de Esperanza y el hecho de volver a ser su vecino, de tenerla de nuevo a mi lado, proporcionó un poco de consuelo a mi corazón y me reconfortó el ánimo. Sonreí. Mi amigo Miguel, el mismo Miguel con el que siempre andaba acechando a las chicas... El Miguel de carácter endemoniado que siempre nos atraía broncas y peleas. Aquel con el que más de una vez yo mismo tuve que intercambiar algún que otro puñetazo... ¿Sacerdote? ¿Qué le habría hecho cambiar? ¿Cómo habría encontrado el camino de la fe? Necesitaba darle un abrazo y hablarle. Quién mejor que él, y más después de conocer su nueva condición, para rescatarme del paraje inhóspito y desértico de mi espíritu en el que me había extraviado, vagando errante por siempre.

A las cuatro me abrigué bien y me calcé unas botas hasta aquel día olvidadas. El Santuario de Sonsoles se alzaba como un centinela de gran agudeza visual que a pesar de los cinco kilómetros que lo separaban de la ceñida ciudad amurallada, ejercía un severo control espiritual sobre ella. Su historia databa de finales del siglo XV, cuando la viuda de Núñez Arnalte, tesorero de los Reyes Católicos, asumió los gastos de reconstrucción de lo que debió ser un templo anterior. Cuenta la leyenda que la imagen de la Virgen fue contemporánea de los Apóstoles. La pequeña figura tallada en madera con el niño Jesús apoyado en su brazo izquierdo fue traída de la misma ciudad de Jerusalén. Después fue trasladada a Roma, donde San Pedro se la entregó a la misión que se dirigía a la Península Ibérica. Cuando los musulmanes invadieron España, los godos cristianizados escondieron la talla para que no fuera destruida ni profanada. Posteriormente, Alfonso V reconquistó la ciudad y se dice que dos niños pastores que jugaban por el campo vieron emanar de entre unas piedras una extraña luz que llamó su atención. Al retirar las rocas encontraron la

sagrada imagen. Sus ojos radiantes de luz les hicieron exclamar: ¡Son soles! ¡Son soles!...

Conservo esta historia viva en la memoria y la primera vez que vi la talla original, custodiada celosamente por un viejo sacristán que desconfiaba como un perro guardián de todo el mundo que preguntaba por ella. La figura primigenia fue mutilada en el siglo XVI y una copia la sustituía en el templo, casi en secreto para los forasteros. Sé que mi padre donó una buena limosna para que el sacristán, gruñendo y rechinando los dientes, descerrajara el camarín situado en el centro del altar mayor de la ermita y me permitiera tocarla. Todavía hoy recuerdo la tez morena de la milenaria talla que besaron mis labios con temor infantil.

Me dirigí al sur de la ciudad para tomar el atajo que campo a través llevaba al templo. Esta vereda era la compañera que tantas tardes tediosas había ahogado en nieve durante mi niñez, maravillando mis inocentes ojos de soledad y belleza. Todavía me esperaba allí, esbelta y elegante hasta la cumbre con su manto blanco bordado con realces de granito... Fue pisar la vereda y descubrir que todo mi ser en lo más hondo seguía perdidamente enamorado de ella. Caminaba con la mente ensimismada en mi amigo Miguel, ahora Padre... ¿Hasta qué punto habría domado el sacerdocio su fuerte personalidad? No me lo imaginaba encerrado en un seminario dedicado al estudio y la oración... ¿Debería ser totalmente sincero con los actos terribles de mi extraviada vida?...

La nieve del camino empezó a teñirse de sangre. El sol una vez más moría y las campanadas de completas del templo me hicieron apresurar el paso. Atravesé al arco de medio punto que anunciaba el acceso al Santuario y saludé con una sonrisa a la pequeña alameda. Las mesas y bancos de granito dormitaban impasibles, hibernando hasta que la primavera les devolviera la vida con juegos y gritos de niños a su alrededor. Las dos fuentes callaban con sus venas congeladas, sintiéndose frustradas por no permitirles el invierno envidioso ninguna opción de diálogo entre ellas. La perspectiva de mi vista se estrechaba por el camino enlosado que terminaba en la iglesia, la cual me observaba sorprendida de mi regreso. Acaricié la puerta de madera y la empujé levemente. Una profunda voz, grave y potente, seguida de susurros, me anunció que el ángelus había dado comienzo:

—Ángelus Domine nutiávit Mariae

—Y concibió por obra del Espíritu Santo. Dios te salve, María... Santa María...

—He aquí la esclava del Señor.

—Hágase en mí según tu palabra. Dios te salve, María... Santa María...

Noté que el sacerdote alzó la cabeza al oír el leve chirrido de la puerta. Miró hacia mí y apreció una breve interrupción que rompió el ritmo acompasado del rezo.

—... Y el Verbo se hizo carne.

—Y habitó entre nosotros. Dios te salve, María... Santa María...

Me persigné y me senté en el último banco a un abismo del grupo de ancianas entristecidas de luto que ocupaban la primera bancada, haciendo sonar las cuentas de los rosarios entre sus huesudos dedos.

El sacerdote estaba rodeado de destellos de cirios y velas, por lo que solo pude

distinguir una silueta distorsionada entre luces y sombras. Un acto reflejo del pasado me hizo lanzar la mirada a una de las naves laterales. Después de tantos años, el cocodrilo que pendía de una bóveda atado a una soga por la cola volvía a liberar un escalofrío por mi cuerpo. Su piel momificada, oscurecida por el devenir tiempo, y sus grandes fauces enserradas aún daban testimonio de la ferocidad de la bestia. En las Indias, un terrateniente originario de mi ciudad recorría a caballo sus propiedades y al aproximarse a un río un enorme saurio atacó a su caballo. El caballero en peligro encomendó su vida a la Virgen de Sonsoles. La fusta que portaba en mano se convirtió en una espada con la que dio fin a la muerte escamada. El hombre cruzó el gran océano para traer hasta el santuario la ofrenda. De las arcadas de la iglesia también pendían un barco y un avión con leyendas similares, ambos en agradecimiento a la Virgen. Sonreí con tristeza... ¡Cuánto me gustaría creer a ciegas en esos exvotos!...

El rumor de unos pesados abrigos negros que pasaron a mi lado como espectros me trajo de vuelta a la realidad. Me quedé a solas en el templo con alguien que permanecía inmóvil en el altar. Finalmente se dirigió hacia mí y a medida que avanzaba reencontré las facciones apenas alteradas de mi amigo Miguel. Sus andares conservaban el arrojo y la determinación de su adolescencia. Nos abrazamos. Luego me miró a los ojos, dejó caer las manos sobre mis hombros y riendo me dijo:

—¡Veo que ha vuelto la oveja descarriada!

Yo también reí:

—¿Cómo debería llamarte? ¿Miguel o Padre?

—Para ti Padre Miguel —respondió burlón—. No te imaginas la alegría que me da verte... ¡He estado tantas veces preocupado por tu vida! ¡He rezado tanto por ti!

El banco de madera gruñó cuando nos sentamos.

—¿Qué te ocurrió, Miguel? —pregunté con avidez.

—Es difícil de decir... La fe no se puede explicar. Se experimenta o no se experimenta... Me sentí llamado por Dios y empecé a involucrarme en las actividades de mi parroquia. Mi devoción por el Señor y la satisfacción de ayudar a mis semejantes me colmaban de serenidad, por lo que postulé en el seminario. Después obtuve un nombramiento de seis meses de diácono con el que constaté que había nacido para ser sacerdote. Me ordenó el obispo y ya llevo aquí varios años.

—¡Cuánto me alegro por ti!... Yo he recorrido el mundo entero buscando la fe y no la he encontrado. Miguel, he estado tan perdido... He hecho cosas horribles... Creo que prácticamente no queda ley divina ni humana que no haya quebrantado.

El Padre Miguel observó compasivo cómo se nublaba mi rostro y pronunció con comprensión:

—No hay nada que el Señor no perdone si el arrepentimiento es sincero y recuerdo muy bien la bondad que albergaba tu corazón. Algo debe restar. Una confesión sería un buen inicio.

—¿Una confesión?... ¿Cómo amigo o como sacerdote? —sonreí sintiéndome un poco animado con su voz

—¡Como cura, idiota! —me respondió con jovialidad dándome un pescozón en la nuca. —¡No sabría ni por dónde empezar!

—Por el principio —me indicó levantándose y señalando imperativamente con el dedo índice el confesionario de la derecha del altar.

Su gesto autoritario me devolvió a la memoria lo testarudo que Miguel podía llegar a ser y me daba la impresión de que su mal genio nunca se había desterrado de su alma, a pesar de la larga sotana que vestía, remangada hasta los codos. Me levanté con un suspiro de resignación y nos dirigimos al confesionario... ¿Por qué no? Quizás un acto de contrición aliviaría el peso de mi alma...

—Ave María purísima...

—El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados...

A medida que avanzaba en el relato de un oscuro pasado completamente nuevo y desconocido para el Padre Miguel, escuché como se agitaba con inquietud dentro del confesionario, impaciente, haciendo chirriar la madera. Yo ya estaba finalizando...

—Jesús, Hijo de Dios, apiádate de mí porque soy un pecador —conseguí recordar con esfuerzo la última frase protocolaria.

Esperé a recibir la absolución, pero en vez de eso oí un portazo y vi abrirse con violencia la pequeña puerta de doble hoja con celosías que ocultaba al mundo la vergüenza de mis actos. Los ojos del Padre Miguel relampagueaban:

—¡No te absuelvo! —tronó—. ¿Cómo has podido torcerte tanto? ¡Como amigo, te sacaría a patadas de este lugar sagrado y te daría una paliza! ¡Cómo sacerdote, te ordeno que vengas todos los días a la hora del ángelus durante medio año! ¡Luego ya hablaremos!

El Padre Miguel me volvió a fulminar con la mirada. Después se giró y alzándose la sotana hasta las rodillas se dirigió veloz hacia la sacristía, furibundo, sin decir nada más. Yo permanecí unos instantes allí sentado. Creo que habría sido capaz de llegar a darme un puñetazo. Seguro que sí. Me persigné ante el altar y abandoné la iglesia, volviendo sombrío por el atajo ahora blanqueado tenuemente por el resplandor de la luna en el hielo.

Durante varios meses no falté ni una tarde a la hora del ángelus y notaba que los días iban puliendo la losa que de antiguo pesaba sobre mi alma. Después de cada rezo, el Padre Miguel y yo hablábamos y hablábamos. Pude comprobar que mi amigo fue el alumno más brillante del seminario en asuntos de teología. Yo le insistía en la necesidad de una prueba de fe y él me respondía con tono burlón que no esperara tener una visión o algo similar en el mundo terreno. La prueba de fe tenía que buscarla en mi interior, en mi propia espiritualidad, no en cocodrilos, ni barcos, ni aviones. Siempre me aconsejaba paciencia. Yo todos los días rezaba a la Virgen de Sonsoles para que me hiciera testigo de un milagro que iluminara mi alma.

Se aproximaba en el calendario el primer domingo de julio, Fiesta del Patronato, con misa mayor a las doce de la mañana y procesión de la Virgen. El Padre Miguel estaba exultante de fe y de orgullo por su santuario, quizás jaleado por la valiosa guía espiritual que me estaba proporcionando... Antes de nuestra habitual charla se excusó:

—Perdona. Vamos un momento a la sacristía.

El sacristán no era aquel que conocí en mi infancia, pero se le asemejaba en muchos aspectos, especialmente en el tipo de raza canina y el exceso de celo con la talla original de la Virgen de Sonsoles.

—¡Julián! ¡Este año en la Fiesta Patronal sacaremos en procesión a nuestra Virgen auténtica! —le hizo saber el Padre Miguel.

El sacristán lo miró torvo, moviendo la cabeza en señal de desacuerdo...

—Mire Padre... Que a nuestra Virgen no le gusta salir del templo. Este es su sitio y aquí se siente segura. Al poco de ser rescatada ya se intentó una vez y, a medida que se avanzaba, nuestra querida Virgen se fue haciendo más y más pesada, hasta el punto de que se la tuvo que devolver de inmediato al santuario...

—¡Por Dios, Julián! ¡No me vengas con fábulas! Los feligreses deben ver a su venerada y legítima virgen en procesión.

—¡Usted sabrá, Padre Miguel! Usted sabrá... —concluyó la conversación el sacristán, mordiéndose la lengua y volviendo los ojos repletos de rabia contenida al libro de salmos que sostenía en las manos.

Me sentí incómodo al presenciar la escena y preferí no haber acompañado a mi amigo a tratar con el sacristán ese tema tan delicado... El Padre Miguel me revolvió el pelo con la mano riendo:

—¡No te preocupes! Al sacristán no le gustan las novedades. Es de una época en la que las supersticiones empañaban el brillo de la religión... No lo entiende. ¡Sigamos buscando tu fe!

Y así llegamos al sábado previo a la Fiesta del Patronato de la Virgen de Sónsoles. Tomé la vereda del atajo ahora engalanada en colores y trinos de pájaros. Su visión me hizo andar tan alegre que llegué media hora antes del inicio del ángelus. Las pequeñas ventanas de la iglesia obstaculizaban el paso de los últimos rayos de sol que enlucían ampliamente el exterior. En el interior de la iglesia, toda sombras y flores destinadas al festejo, se encontraban el Padre Miguel y el sacristán. El sacerdote me miró lleno de júbilo.

—¿Has visto alguna vez a nuestra adorada Virgen?

—Sí... En una ocasión de pequeño —respondí evitando hacer alusión a la generosa limosna que tuvo que aportar mi padre para que me permitieran besarla.

—¡Pues ya va siendo hora de que la veas otra vez! Vamos a dejarla sobre el altar durante la noche para que por la mañana todo esté preparado...

El sacristán, arisco y rojo de ira, se hurgó en el bolsillo buscando las llaves que guardaban su reliquia. No entendía la obstinación del Padre Miguel. La Virgen ya había dejado claro que ese era su santuario y no quería abandonarlo. El sacerdote abrió sus brazos, invitándome a llegar hasta él.

—¡Ven! ¡Acércate! ¿Julián?

El sacristán, refunfuñando, se tomó su tiempo para abrir el camarín del altar. Cogió a

la Virgen entre sus brazos, desconfiado como una madre tardía que sostiene a su recién nacido. El Padre Miguel la besó con ternura en la frente. Yo me acerqué, temeroso ante lo divino como cuando era niño, para imitarle. Sin embargo, unas repentinas sacudidas como de enormes coletazos frenaron mi paso en seco... Sobrecogidos, nos giramos hacia el origen del estruendo, hacia el lateral derecho del templo y nos estremecemos de espanto. ¡El cocodrilo luchaba frenético por liberarse de la soga que le ataba a la bóveda! ¡Se retorció en el aire intentando morderse la cola, agitando rabiosamente sus patas, imbuido de una fuerza sobrenatural que nos aterró a todos! El sacristán se apresuró a depositar de nuevo a la Virgen en el lugar elegido a voluntad propia y la terrible visión exhaló un último aliento vital con un gruñido de ultratumba. Yo no podía controlar los temblores que recorrían mi cuerpo y el Padre Miguel permanecía en el centro del altar, petrificado y mudo. El sacristán, tiritando, consiguió echar la llave que custodiaba la Virgen.

—Lo ve, Padre... No le gusta salir de su templo... —le reprochó tartamudeando de miedo antes de dirigirse a la sacristía, pálido como la tela blanca del manto de Nuestra Señora.

El Padre Miguel no contestó. Sin recuperar el habla se sentó en un banco frente al altar. Yo seguía en pie sin atreverme a salir de la iglesia por no pasar cerca del cuerpo momificado del cocodrilo que aún oscilaba levemente en la altura por el efecto de la gravedad. El sacerdote me miró con confusión. Después alzó su mano derecha:

—Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.

Aunque todavía tiemblo y me persigno cada vez que lo recuerdo, doy gracias a la Virgen de Sonsoles por haberme dado una prueba de fe. Al día siguiente, el Padre Miguel sacó la réplica en procesión y el mismo lunes encargó hacer una caja de cristal blindado que es en donde hoy reposa el cocodrilo del Santuario.

SEMPER FIDELIS

Me considero un hombre moderno y a la vez antiguo. Bueno... No diré antiguo. Digamos clásico. Toda la vida he perseguido el concepto aristotélico de moral y creo firmemente que la virtud es el punto medio entre el exceso y el defecto. Se podría decir que soy un hombre virtuoso porque por voluntad propia he adquirido el hábito de actuar rectamente, de acuerdo con un justo término medio que evita ambos extremos.

Creo en la amistad perfecta que es la que se da entre los hombres buenos e iguales en virtud, ya que estos quieren el bien el uno al otro, en cuanto que son buenos. También acepto por ser necesaria la amistad de aquellos que se quieren por interés, no por sí mismos, en la medida en que se benefician en algo los unos de los otros.

Sí. Se podría decir que soy un hombre virtuoso, especialmente en todo lo que atañe a la lealtad. He de reconocer que en este aspecto soy muy sensible.

La lealtad es una virtud que se desarrolla en la conciencia y que implica cumplir con un compromiso aún frente a circunstancias cambiantes o adversas. Sirve a los grupos humanos para apoyarse mutuamente, facilitando la planificación a largo plazo, y se basa en ayuda garantizada por determinados miembros del grupo.

Si la lealtad es positiva... ¿Por qué existe la traición, el oportunismo, el egoísmo? ¿Por qué hay jefes que la mantienen solo hasta el momento que les deja de ser rentable?... Porque piensan que la solidez de su lealtad depende de lo que se juegan al traicionarla, del castigo que esperan recibir en pago a su traición.

Permitid que me explique mejor.

Trabajo en una compañía líder de Europa en envíos y transporte urgente. No quisiera parecer presuntuoso, pero debo especificarlo. Soy el subdirector de la filial en este país. Es un cargo de gran responsabilidad y de mí depende una extensa plantilla. Contamos con el servicio más rápido de cobertura mundial... Os podéis imaginar la labor que supone de planificación, coordinación y control. Seguro que os imagináis el estrés que mi cargo conlleva. Pero todo iba a la perfección. Os lo prometo. La empresa funcionaba como un reloj a pesar de aquel viejo...

Era mi superior. El director. Para él no existía otra vida fuera del trabajo. No delegaba en nadie y si hubiera poseído el don de la ubicuidad hubiese entregado él mismo en mano cada uno de los miles de envíos que hacíamos a diario. A mi modo de ver había perdido el equilibrio aristotélico: la virtud de ser trabajador llevada al extremo se había convertido en una lacra. Sin ninguna duda había alcanzado su nivel de incompetencia.

El viejo era alto, desgarrado y andaba un poco encogido. Cuando en invierno llegaba a la oficina con el abrigo sobre los hombros, entraba siniestro como un buitre. Yo detestaba especialmente su bigote, más bien su mostacho, canoso y ralo. ¿Quién en este siglo podía llevar un mostacho semejante? Aún así, cuando levantaba la vista de mi ordenador y lo veía absorto, escarbando en su mesa llena de cuadernos y libretas garabateadas a lápiz, me inspiraba lástima. Era una especie ya extinta condenada a vivir en

un mundo que no entendía, pero que no obstante intentaba gestionar meticulosamente en vano. No sobrevive el más fuerte. Sobrevive el que mejor se adapta a las circunstancias cambiantes.

—Pobre viejo —me decía a mí mismo.

Sin embargo, un día toda la comprensión y pena que sentía hacia el viejo se tornó en animadversión. Solo fue un error. Un error insignificante que se hubiera solucionado fácilmente. La central de la compañía en Alemania ni se había enterado ni tenía por qué enterarse. Si el viejo no hubiera metido las narices en el departamento de mailing y le hubiera dejado libremente al responsable hacer su trabajo... No. Tuvo que inmiscuirse y embrollar toda la campaña de promociones y *merchandising*.

La verdad... Las pérdidas fueron insignificantes y el error no levantó mucho polvo. Aún así el viejo, a pesar de que el fallo se produjo por culpa de sus arrogantes injerencias, de su síndrome directivo, quiso la cabeza del responsable. La obtuvo.

Después de aquello no podía dejar de mirarlo. De mirar su horrible bigote anacrónico. Era como una obsesión. Me pasaba horas y horas de oficina haciendo conque tecleaba en mi ordenador, pero en realidad no podía apartar la vista de aquel mostacho al que comencé a odiar profundamente, repitiendo una y otra vez para mis adentros como un mantra: traidor, traidor, traidor...

Sin embargo, esta obsesión por su bigote no perduró mucho tiempo. Presenté al viejo mi planificación anual para que firmara su autorización y la remitiera a la central. No tenía que tocar nada. ¡No debía! Pero pasó el día y no la firmó. Y así pasó una semana. Yo lo veía escribir y hacer garabatos concienzudamente sobre una copia impresa de mi informe y una ira como una marea ascendía y descendía hasta mi cerebro haciendo palpar todo mi cuerpo. Estaba seguro. El viejo estaba modificando, alterando, ensuciando mi trabajo sin ni siquiera consultarme.

Finalmente remitió la planificación anual. A los dos días llamaron al teléfono directo de su mesa desde la central en Düsseldorf. El viejo primero se puso pálido. Después rojo. La mano que sostenía el auricular le temblaba y solo contestaba una letanía interminable de monosílabos:

—Ja, ja... nein... nein... nein... ja...

Cuando colgó el teléfono permaneció unos minutos en silencio con la mirada baja, masajeándose las sienes como si sopesara una decisión comprometida. Después me pidió que me acercara a su mesa.

—Era el director general de la compañía. Han recibido su informe anual y contiene varios desajustes graves. Nos lo van a remitir de nuevo con algunas indicaciones y están estudiando sancionarle.

¡Maldito cobarde! Había desnaturalizado mi informe y en vez de reconocerlo y asumir su incompetencia me había echado a los perros... Ya lo dije antes: hay jefes que mantienen la lealtad hasta el momento que les deja de ser rentable. Volví a mi mesa sin rebatirle. No hubiera servido de nada. Su catadura moral era tan baja que apelar a ella empeoraría más la situación. Tendría que tragarme su acto de deslealtad y asumir la sanción gratuitamente...

Y fue a partir de ese día cuando dejé de obsesionarme con su bigote. Una vez interiorizado lo sucedido y el tipo de persona de la que debía acatar órdenes, empecé a pensar en el asunto con frialdad. Una frialdad que a veces me daba hasta miedo. Mientras hacía que tecleaba, lo observaba furtivamente por encima de la pantalla del ordenador con gran interés, en toda su totalidad, y me hacía preguntas extrañas como ¿cuánto pesaría la pierna de un ser humano? ¿Y un brazo? ¿Cuánto debería medir el viejo?...

Las cuentas me salían. Una pierna, el 16% del cuerpo. Un brazo el 5%. El tronco, el 50%. La cabeza, un 8%. El viejo mediría aproximadamente un metro ochenta aunque no estaba muy seguro por lo encorvado de su espinazo. Estaba un poco enjuto. Pesaría unos 72 kilos. Cogí la calculadora. Si no me equivocaba en la estimación inicial una pierna suya pesaría 11.52 kg, un brazo 3.6 kg, el tronco 36 kg y la cabeza 5.76 kg. ¡Ah! Debía restar al peso unos cinco o seis litros de sangre...

A cada momento estaba más y más convencido. El viejo era un lastre para el buen funcionamiento de la compañía y nadie tomaba medidas. ¡Y me duele tanto la traición! Ninguna empresa puede permitirse directivos desleales con sus subalternos. Dañan gravemente el grupo y las relaciones jerárquicas necesarias.

Era casi de noche y los empleados estaban recogiendo para marcharse. Yo me mantuve en mi puesto hasta que el viejo, siempre el último en irse, se alzó.

—Es tarde. ¿No cierra usted su ordenador?

—Tengo mucho trabajo. Tengo que revisar bien la planificación anual antes de volver a remitirla. No me gustaría que me sancionaran de nuevo —respondí con gélido sarcasmo, mirándolo fijamente a los ojos.

Él humilló la mirada. ¡Maldito traidor!

—Yo me marcho ya. Empléese a fondo y verá como todo se soluciona —tuvo la poca vergüenza de apostillar antes de salir por la puerta.

Tenía que esperar. Mientras, bajé al almacén y cogí un gran rollo de plástico de embalaje, un pesado martillo y una sierra radial de dientes inclinados. Cubrí el suelo y los muebles del despacho con plástico y me senté en mi silla, enfrentado a la mesa del viejo, mascullando sin cesar dos palabras:

—Semper fidelis, semper fidelis, semper fidelis...

Ya he comentado que tengo una formación muy clásica...

A las dos horas, llamé por teléfono al viejo.

—Señor, perdone que le moleste a estas horas, pero creo que debía informarle. Hace un momento ha llamado la secretaria del director general de Düsseldorf para completar telefónicamente un formulario que les urge. Le he contestado que usted no estaba ya en el despacho, pero que yo lo podría hacer por usted en condición de subdirector,...

Noté que el viejo daba un respingo al otro lado del teléfono y que comenzaba a resoplar, temiendo perder la ocasión de apuntarse un tanto con la secretaria del director general.

—No es necesario. Ahora mismo voy para la oficina.

—Señor. La secretaria me ha indicado que son preguntas rutinarias sobre el funcionamiento de la filial. Como yo ya estoy aquí, no hay necesidad de que...

—¡Le he dicho que ahora mismo voy para allá! —interrumpió la conversación colgando bruscamente el teléfono.

Apagué todas las luces dejando solo encendido el flexo de mi mesa. Luego me estiré plácidamente en la silla de mi ordenador sonriendo.

A la media hora oí abrirse el ascensor de la planta y unos pasos rápidos que se dirigían hacia el despacho. Empuñé el martillo y corrí a esconderme detrás de la puerta abierta. Los pasos se detuvieron en la entrada, como perplejos por la oscuridad imperante en el recinto, apenas alterada por la luz del flexo. Tres pasos amortiguados por un rumor de plástico y le pude ver de espaldas, mirando con desconcierto el suelo. El golpe en la nuca fue seco y sordo. Certero. Le observé durante un instante tendido en el suelo. ¡Maldito traidor! ¡Maldito incompetente entrometido!

Cuando amputé el primer miembro —había elegido un brazo—, me mareé por la visión de tanta sangre... Lo reconozco: llegué a tener tirones y náuseas. Pero luego fue coser y cantar. Coloqué todas las partes en fila para hacerme una idea del tamaño y la forma de los paquetes que iba a necesitar.

Tuve que hacer varias idas y venidas al almacén: primero bolsas herméticas para que no se filtraran líquidos ni malos olores. Después seis cajas apilables de plástico de uso industrial para garantizar que ningún golpe dejara al descubierto el contenido.

Limpiar todo no me resultó muy difícil. Solo tuve que enrollar los plásticos del suelo y revisar que no hubiera salpicaduras de sangre por las paredes o el techo. Luego, con todos los paquetes dispuestos ante mi mesa, me puse a etiquetar tranquilamente, eligiendo destinatarios erróneos para asegurarme siempre el retorno de los paquetes a mi oficina: la cabeza a Australia. Una pierna a Dinamarca. El torso a Japón... Mmmm.... siempre he querido ir a Noruega...

De esto han pasado ya casi dos años y todavía la gente se pregunta qué ocurrió con él. Su desaparición sigue siendo un misterio. Yo continúo recibiendo y reenviando los despojos del viejo por todo el mundo y, la verdad, no sale muy caro. Además, como ahora ocupo su cargo no tengo que rendir cuentas a nadie y es fácil falsear los datos para que los envíos pasen desapercibidos. Tampoco me resulta molesto porque todo está informatizado y hasta puedo seguir en todo momento sus periplos por el mundo. A veces, cuando me aburro, miro en el móvil por dónde anda el viejo y sueño despierto en viajar por todos aquellos países por los que sus miembros transcurren.

¡Os lo juro! A pesar de lo confesado, sigo considerándome un hombre virtuoso, especialmente en todo lo que atañe a la lealtad... Nadie debería tolerar a los traidores. Creo ciegamente en la justicia grecorromana, que consiste en dar a cada uno lo suyo.

MOURA

Todos en alguna ocasión hemos oído hablar de mujeres malvadas que han perdido el temor a Dios y han vendido su alma al diablo. Si fuera cierto... ¿Estas malévolas mujeres podrían ser capaces de amar y podrían ser capaces de verse correspondidas por el amado? Si fuera así... ¿El amor no es amor sea quien sea quien ame? Desde que en mi juventud la perdí, nunca he dejado de hacerme estas preguntas porque fue mi primer amor: un sentimiento extraño e insólito... Puede que maldito. Un amor que despreciaba el cuerpo y embrujaba el espíritu como por efecto de un sortilegio diabólico.

Tenía veintiún años y cursaba segundo de derecho en la universidad. Me había criado en una pequeña aldea de una montaña que se erguía sobre profundas huellas de glaciares cuaternarios, mateada de granito y fisuras de roca a modo de terribles cicatrices. El entorno atemporal de la aldea la cubría de un halo perpetuo de misterio, agudizado por nevados aullidos de lobos en las noches de invierno y el olor en las tortuosas calles a remedios caseros de flor de leche, azafrán serrano, tomillo y mejorana. Marcharme a estudiar a la universidad supuso para mí un salto sin transición desde la Edad Media a los tiempos de hoy en día. La razón y la lógica arrojaron luz a las sombras de mi mal juicio, bruñido durante la infancia y adolescencia por un entorno rural de ignorancia, rudeza y oscurantismo.

Compartía piso con Alberto y Fernando. Ambos eran mayores que yo y los admiraba profundamente por su visión racional y analítica del mundo. A Alberto le quedaban dos años para terminar medicina. Fernando estaba en el último curso de filosofía y tenía una mente tan prodigiosa, despejada y precisa, que a veces lo hacía pecar de un gran narcisismo, gustando de abrumar con crueldad a las personas que consideraba intelectual y culturalmente inferiores a él. Yo pasaba muchas noches, hasta bien entrada la madrugada, escuchando monólogos sobre su percepción incisiva del ser humano y de la vida, obnubilado. Fernando disfrutaba de tener un incondicional oyente al que proferir discursos filosóficos ex cathedra desde el viejo sillón destripado de un castigado piso de estudiantes.

Hablar de mis compañeros y del piso de estudiantes era necesario porque en el apartamento de enfrente vivía la mujer a la que amé sin medida, desesperadamente. Debía rondar los cuarenta años. Nunca le pregunté su nombre, pero algunos vecinos se referían a ella como Moura. Su pelo azabache acariciaba largamente su espalda con dulzura y jugueteaba sobre sus hombros, formando un laberinto de ondas en las que mi ser se extraviaba sin remedio. Sus ojos eran oscuros y magnéticos. Mi alma naufragaba y se hundía a plomo en la profundidad abisal de su mirada hasta tocar fondo en la plenitud de su insondable belleza. Cuando nos cruzábamos en el portal o en el rellano de la cuarta planta, su amor por ella me anegaba el corazón, las entrañas, el alma, y me intimidaba de tal manera que solo me atrevía a saludarla cortésmente... Ella lo sabía. Yo sé que lo sabía y creo que le gustaba saberlo porque, cuando respondía a mi saludo, siempre me sonreía tiernamente. Moura no se relacionaba con nadie. Sus hábitos y sus rutinas eran un misterio. Algunos vecinos dejaban entender que era una mujer de mala vida. Yo nunca los creí. Mi amor por Moura trascendía la carne y esos encuentros casuales me bastaban.

Además, la sola idea de su presencia a pocos metros de mi cuarto me colmaba y satisfacía. Era un sentimiento tan puro e inmaculado que algunos calificarían de obsesivo y enfermizo, como una idolatría sacrílega. En mi fuero interno algo me decía, me gritaba, me aullaba que mi amor era correspondido secretamente por ella.

Moura tenía una gata que se escapaba del piso todas las noches, haciendo equilibrista por el estrecho zócalo que sobresalía de la pared del patio de luces hasta llegar a mi ventana. Yo siempre dejaba pasar a la gata. Estaba seguro de que era el ser más querido de Moura y el querer a su ser más querido era como quererla a ella. La acariciaba, la besaba en la cabeza, la abrazaba con el mismo amor que como si de Moura se tratara. La gata dormitaba en mi regazo en las noches de estudio y cuando me acostaba se tendía a mi flanco ronroneando, guiando mi sueño hasta su dueña como un animal mitológico. Al despertarme la gata nunca estaba. Siempre oculté estas visitas nocturnas a mis compañeros y nunca les expresé mis sentimientos por Moura. Nadie lo hubiera entendido.

Un día me llegó la noticia por teléfono de boca de mi madre. Mis dos hermanos mayores, Teodoro y Vidal, iban a venir durante un fin de semana a visitarme por primera vez a la ciudad donde estudiaba. Yo había prolongado esta visita al máximo durante más de un año, pero esta vez ya no me quedaban excusas. Sí. Lo confieso. Me avergonzaba de mis hermanos. Eran como yo fui un día: herederos de una mentalidad rural poco formada de una aldea anclada en el pasado y condenada a la extinción. Teodoro era leñador y Vidal cuidaba de la ganadería brava perteneciente a la familia. Ambos tenían un físico imponente, pero tosco, y un espíritu primitivo y salvaje del que sus duras miradas, templadas al resplandor del fuego de las chimeneas durante los largos inviernos, daban testimonio. Pero, repito, me avergonzaba de ellos. Para mi mundo y para el mundo de la mayoría de las personas su mentalidad era anacrónica. Seguro que serían objeto de burla para mis amigos, especialmente por parte de Fernando.

Antes de su llegada intenté mitigar el impacto de su visita, hablando más en profundidad a mis compañeros de piso sobre mi familia y mi aldea. Fernando me escuchaba encantado, lleno de curiosidad, con una sonrisa socarrona como si estuviera a punto de asistir a una atracción de feria. Se mofaría de ellos y lo haría de tal forma que ellos no se darían ni cuenta, lo que me dolía y me avergonzaba aún más. Estaba convencido porque conocía muy bien a Fernando... Después contaría anécdotas a sus compañeros de facultad sobre los hombres de pueblo que había conocido. Hice prometer a Fernando que no lo haría, pero juró con una sonrisa en la boca.

Sonó el timbre de la puerta y mis hermanos me abrazaron con júbilo, zarandeándome como un muñeco, dando voces y risotadas que resonaron en todo el edificio. Les presenté a mis compañeros de piso y no pude evitar contener una sonrisa al oír el crujir de sus huesos y su expresión pálida de dolor cuando mis hermanos les estrecharon las manos. Inmediatamente los llevé hasta mi cuarto donde había echado en el suelo un par de colchones. Les pregunté por nuestros padres y familiares y me pusieron al día entre una algarabía de gritos y carcajadas. Al poco tiempo Fernando se asomó al cuarto:

—Perdonad. Tenemos el frigorífico repleto de cervezas para celebrar vuestra llegada... ¿Os apetece?

Mis hermanos se miraron complacidos.

—¡Pues claro que sí, muchacho! —respondieron al unísono sin que me diera tiempo a declinar la invitación. Lancé una mirada amenazadora de advertencia a Fernando. Él me guiñó el ojo.

Nos sentamos los cinco en el salón. Mis hermanos, como siempre, se mostraban tal como eran, hablando de forma abierta y sincera. A la quinta cerveza Fernando puso en marcha la perversa estrategia que yo tanto había preconizado y temido:

—¡Decidme! ¿Cómo es la vida en la aldea? Vuestro hermano no suele hablar de ella, pero las pocas cosas que ha contado son muy interesantes... ¿Es cierto que aún se cree en el mal de ojo? —apostilló con una mirada expectante.

El cebo ya estaba echado. Me revolví en el sillón con nerviosismo, mirando con rabia a Fernando. Mi hermano Teodoro pegó un largo sorbo de cerveza y se incorporó lentamente hacia él, decidido a ser completamente franco con mi compañero de piso sin sospechar lo más mínimo que el motivo de la pregunta era evidenciar sus ideas y creencias para después burlarse de ellos.

—Mira, chico. El mal de ojo es tan cierto como que tú y yo estamos aquí y siempre hay que estar prevenido.

Fernando sonrió entusiasmado. Después se puso serio y con disimulada mofa le tiró de la lengua:

—¿Y cómo te previenes contra eso? ¿Cómo se detecta? ¿Qué podemos hacer para remediarlo?

Teodoro también se puso serio, convencido de que iba a dar una lección de supervivencia básica a ese muchacho que lo ayudaría de por vida.

—Habitualmente empiezas notando cosas raras, como que todo va mal. Todo sale mal. Entonces tienes que observar tu entorno. Por ejemplo, estar atento por las noches a si alguna lechuza ulula por los alrededores de tu casa. La lechuza puede ser una bruja porque las brujas tienen poderes sobrenaturales y por las noches se reencarnan en animales condenados como ese o como sapos, gatos y comadreja.

Me puse rojo de vergüenza ajena por lo que estaba escuchando de boca de mi hermano y por lo que seguro que contaría Fernando acerca de mi familia, mi aldea, mis orígenes... Me levanté de golpe dispuesto a poner fin a la conversación:

—¡Bueno! Podíamos salir a tomar unas cervezas fuera...

—Bufff... ¡No fastidies! Con lo bien que estamos y lo interesante que es hablar con tus hermanos... —abortó mi intento de fuga Fernando.

Mis hermanos sonrieron satisfechos:

—El chaval tiene razón, hermanito —exclamó Vidal—. ¡Anda! ¡Tráeme otra lata!

—Me interesa mucho lo que estabas contando, Teodoro —insistió Fernando—. ¿Cómo sabéis que ciertos animales son personas transformadas?

—¡Pues muy fácil! Escucha. A nuestro tío Paco le sucedió una vez. Tenía una salud de hierro, pero de pronto empezó a sentirse mal. Ningún médico sabía qué le pasaba. La debilidad lo mantenía en cama día tras día... Una noche se dio cuenta de que una lechuza

ululaba por los alrededores de su casa y comprobó que así sucedía noche tras noche mientras que su debilidad iba en aumento. Esto lo aclaró todo. Una madrugada, el tío Paco hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, salió al huerto, cogió una piedra y la lanzó contra la lechuza a la vez que mentaba a Dios. La dio de lleno en un costado y cayó del tejado al suelo con el ala izquierda rota. El animal se perdió entre la maleza agitando el otro ala y saltando con las patas. A la mañana siguiente el tío Paco estaba completamente recuperado... Pero, ¿sabes qué fue lo mejor?

—¡Cuenta! ¡Cuenta! —rogó Fernando emocionado, viéndose ya en el centro del corrillo de sus compañeros de facultad, narrando las anécdotas de los hombres de las cavernas que había conocido.

—Pues que a los dos días el tío Paco se cruzó por la calle con La Isidra, una vieja mala y envidiosa, vecina de la aldea. Una vieja que no quiere a nadie ni nadie le quiere. ¡Llevaba el brazo izquierdo vendado y no se atrevió ni a mirarlo a los ojos!

—¡Dios! ¡Está clarísimo! ¡La vieja era una bruja! —gritó Fernando, disimulando una carcajada.

—¡Veo que lo has cogido, chico! —respondió Teodoro sonriendo inocentemente.

—Hay que protegerse de ellas, muchacho —intervino Vidal —En nuestra familia, antes de acostarnos, hacemos una cruz en la lumbre para que no entren por la chimenea y por si acaso dormimos con unas tijeras abiertas en forma de cruz debajo del colchón.

—¡Vaya! —exclamó Fernando—. ¿Tú también? —me preguntó con ironía.

Yo agaché la cabeza y ni siquiera respondí, sintiéndome completamente humillado.

Teodoro dio el relevo a Vidal en aquella conversación surrealista, contestando en mi lugar:

—¡Pues claro! O al menos hasta que se fue de la aldea... ¿Llevarás el escapulario? ¿No?...

—¿Qué? —brincó Fernando en el sillón.

—Todos en la aldea llevamos uno —le aclaró Teodoro—. Es un remedio contra el mal de ojo que nos hacen al nacer. Es un trozo de tela decorado con escamas de pescado que conforman el dibujo de una flor. Dentro contiene frases en latín.

—Eso no me lo habías contado... —continuó torturándome Fernando.

No pude aguantar más. Me puse en pie y anuncié con enfado:

—¡Yo me voy a la cama! ¡Esta conversación hace ya rato que me aburre!

Mis hermanos me contemplaron sorprendidos sin entender nada de lo que estaba ocurriendo, sin comprender que eran el objeto de una burla cruel. Antes de dirigirme a mi cuarto me giré hacia Fernando con profundo odio:

—¡Ya hablaremos tú y yo! Él se encogió de hombros con una mueca divertida en el rostro que habría borrado de golpe si el tiempo que llevaba en la universidad no me hubiera enseñado a reprimir mis impulsos.

Entré en mi habitación y cerré de un portazo. Sobre mi cama me esperaba la gata de

Moura que me miró con dulzura. Corrí a abrazarla, buscando consuelo en el amor por su dueña. La gata ronroneaba restregando su cabeza contra mí como si comprendiera mi pesar. Al poco rato se abrió la puerta y entraron mis hermanos.

—¡Qué majos tus compañeros de piso, sobre todo ese Fernando! —me quiso complacer Vidal.

—¡Anda! ¡No nos habías dicho que tenías un gato! —se fijó Teodoro, aproximándose a mí y alargando la mano para acariciarlo.

La gata de Moura bufó. Se le erizó el pelo del lomo y la cola. No me dio tiempo ni a ver como armaba su zarpa y la lanzaba contra la mano de mi hermano. Solo oí el sonido de la piel al desgarrarse. La sangre brotó en el dorso de la mano de Teodoro.

—¡Maldito gato! —gritó mi hermano enfurecido, pegándole una violenta patada que le alcanzó en los cuartos traseros. La gata salió despedida contra la pared. Gruñendo de rabia y resoplando corrió hacia la ventana como pudo, arrastrando una pata trasera que le pendía inerte. Saltó sobre la noche y se perdió en la oscuridad.

—¡No! ¡No! —sollocé, corriendo hacia la ventana para buscarla.

Mis hermanos se miraron extrañados. Me fui a la cama sin pronunciar una palabra y no conseguí conciliar el sueño, pensando en la brutal escena que había presenciado y sin encontrar la senda onírica que siempre me había conducido hasta Moura.

Me levanté muy temprano. Serían las siete. No aguantaba más en el cuarto. Necesitaba huir, andar, despejarme. Cuando salí del piso sentí el sordo rumor del ascensor en movimiento. Me situé frente a la puerta a esperar y se detuvo en mi planta. Al abrirse me encontré cara a cara con Moura. Su mirada de odio y desprecio me quebró el alma, me rompió por dentro, me aniquiló. Pasó a mi lado fríamente y la observé llegar hasta su puerta, cojeando.

No volví a saber nada de ella y aún la echo de menos aunque han pasado muchos años. Algunas noches todavía me despierto febril buscándola entre mis sueños en vano. Así fue como perdí a mi gran amor. Sin embargo, desde aquel día, no volví a avergonzarme de mis hermanos.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD

La razón se niega a aceptarlo. Sin embargo, las células en su renovación constante mientras estamos vivos se van reproduciendo y degradando. Cada célula nueva es una réplica de la anterior aunque ha perdido parte de su potencial reproductivo. Ha degenerado. Esta degradación, perceptible solo en el transcurso de numerosos cambios celulares, es el envejecimiento, un proceso progresivo y lento.

Cuando llega la muerte la frialdad se adueña del cadáver por unas horas. Después la temperatura se eleva por efecto de la fermentación interna. Por autodigestión, las paredes del estómago e intestinos se reblandecen e intervienen los microorganismos. Entonces los gases acumulados tienden a expandirse, por lo que el cuerpo se hincha por la zona del abdomen hasta que llega a explotar, abriendo una enorme cavidad en un violento y tremendo estallido. Posteriormente atacan los insectos. Tras el voraz banquete, del cadáver solo queda un esqueleto que se convertirá en polvo... Pero... ¿es lo mismo el polvo que la ceniza?... Creo que no.... Desde luego que no...

—Buenas tardes —una señora sacó al oficinista del trance reflexivo en el que se hallaba inmerso.

—Buenas tardes... —respondió al saludo, incorporándose en el sofá del recibidor de la sala.

—Le acompaño en el sentimiento —le dio el pésame la mujer con una mueca compungida, ensayada torpemente.

—Gracias —contestó en voz baja un tanto inquieto, más por pasar desapercibido que por respeto al difunto—. Bueno... En realidad yo no soy más que un conocido... Los parientes se encuentran al fondo, frente a la cristalera del cuarto del ataúd...

La señora atravesó la moderna sala del velatorio. Su diseño minimalista creaba un ambiente tan cómodo y acogedor que provocaba que los sentimientos de las personas fluyeran de forma natural. Por eso él se había convertido en un asiduo visitante de aquel lugar. Ni gimnasios, ni bibliotecas, ni bares... Nada mejor que un tanatorio para socializar hondamente. Allí veía a las personas en la completa desnudez del espíritu. Allí mantenía largas y sinceras conversaciones en salas, corredores y amplias terrazas exteriores con servicio de cafetería y catering. Podía parecer algo excéntrico, pero era cierto.... ¿Cómo llegó a adquirir ese hábito que practicaba como una terapia macabra?

Un día recibió la noticia de que había fallecido un vecino suyo, derrotado finalmente por los años y la enfermedad. El desenlace no cogió de improviso a nadie. Había vivido una existencia plena y había llegado su momento. Por la tarde el oficinista se dirigió a aquel mismo tanatorio para dar el pésame a su viuda, a la que apreciaba profundamente. No recordaba la última vez que había asistido a un velatorio. Quizás de pequeño. Pero lo cierto es que ahora se encontraba en la mediana edad y seguro que tendría que habituarse a frecuentar aquellos lugares porque, en esta etapa de su vida, la muerte ya empezaría a acechar su entorno, inquieta, relamiéndose y ensalivando.

El oficinista sorteó una pacífica colina hasta descubrir el tanatorio, oculto al mundo para que la percepción cotidiana de la muerte no nublase el día a nadie. El parking, amplio y rodeado de árboles que se elevaban como pinceladas sacras hacia el cielo, le dio una gran sensación de paz. Bajó del coche y contempló por un momento la obstinada indicación de los cipreses, esbeltos y augures de descanso eterno, hacia allí, hacia arriba, hacia donde sus copas apuntaban como flechas. Accedió al edificio por una pulcra y silente cafetería.

—Perdone. ¿Para ir a las salas de velatorio? —preguntó el oficinista, todavía tizado de gris por una jornada de salvaje actividad, sin tiempo para uno mismo y aún menos para los demás.

Una mujer uniformada estrictamente con un traje que hacía gala del protocolo correspondiente a un enclave tan solemne, le indicó con una amable y piadosa sonrisa:

—Suba por aquellas escaleras hasta la segunda planta.

Antes de enfilear las anchas escaleras, similares en geometría al acceso a un clásico templo griego, pasó por delante de la floristería, engalanada con ramos, coronas y almohadones fúnebres, engarzados en imposibles filigranas de todo tipo de flores. Era curioso. Todas rebosaban vida colorida, pero no desprendían aroma alguno...

Llegó a la segunda planta. El espacio del recuerdo destinado a objetos y elementos que contribuían a preservar la memoria de los seres queridos lo dejó extasiado. No pudo por menos que entrar en la tienda. Dulces ángeles para la eternidad, piadosas cruces, cirios de perpetua luz y sobre todo urnas. Muchas urnas. De cerámica artesanal, de estaño, de bronce, de maderas nobles... Cada una contaba con su propia impronta. Las urnas biodegradables le fascinaron. Estaban elaboradas con productos ecológicos y se disolvían en el agua en pocos minutos en caso de que los familiares decidieran depositar las cenizas en el mar. Pero hubo una en especial que lo dejó prendado. Una realizada en cristal liso de bohemia, simple, en forma de esfera, solo alterada por un inapreciable corte en la parte superior por donde, separando la parte cercenada, se introducían las cenizas. La esfera reposaba blandamente sobre una base de madera de cedro rojo y grano fino que inundaba la estancia de un aroma semejante al limón.

—Buenas tardes ¿Puedo ayudarle? —lo abordó un hombre trajeado elegantemente como un cuervo, con gran boato y cortesía.

—Hola... Bueno... En realidad he venido a dar el pésame a una familia, pero al ver los objetos que exponen no he podido evitar entrar —contestó con nerviosismo.

El hombre sonrió:

—Es natural. Este espacio llama mucho la atención a la gente cuando pasa por delante para dirigirse a las salas. Sin embargo muchos, a pesar de la atracción y la curiosidad, se resisten a cruzar la puerta, como si un mal augurio se lo impidiera. Me alegro de que no sea su caso. Si desea información sobre algún objeto en especial, dígamelo.

—Muchas gracias. La verdad es que me gustaría... —respondió mirando de reojo a la sencilla y seguramente costosa urna de cristal de bohemia—. No obstante, prefiero volver otro día... me resulta un poco incómodo estar aquí en la tienda cuando he venido a

un duelo. Pero le aseguro que voy a volver porque tengo que dejar resueltos ciertos asuntos.

En la sala del difunto vecino encontró a la viuda, a quien besó con afecto. Ella lo tomó de la mano y lo hizo sentarse a su lado. Alrededor la consolaban dos hijas suyas con sus maridos y dos nietos. El círculo evocaba recuerdos alegres y felices del fallecido que endulzaban el dolor y daban una sensación de gran naturalidad a la muerte en cuerpo presente.

Este acontecimiento hizo retornar al oficinista a un mundo reflexivo del que se había exiliado hacía mucho tiempo, arrastrado por una hiperactividad sin tregua propia de los animales salvajes que le imposibilitaba cualquier aproximación a la naturaleza contemplativa innata del ser humano. Empezó a cavilar y recapacitar sobre la muerte. La masticó y rumió hasta transformarla en vida, aprendiendo a verla como un trámite afable, como una liberación final del encarcelado espíritu en una prisión de huesos.

Siempre que disponía de tiempo libre el oficinista volvía al tanatorio donde pasaba horas y horas conciliándose con su espiritualidad. Este era el caso de hoy hasta que aquella señora le había saludado y dado el pésame. Se recostó de nuevo en el sofá y recayó en un profundo ensimismamiento. Allí encontraba serenidad y equilibrio. Sin embargo había algo que no conseguía superar. Algo que lo atormentaba día y noche y que cada vez que pasaba por el espacio para el recuerdo aquella urna de cristal de bohemia se lo recordaba. ¿Cómo se desharía de su cuerpo? ¿Sería lo mismo el polvo que la ceniza?... Debía tomar una decisión definitiva. Aunque todavía se le podía considerar joven, había traspasado la frontera potencialmente letal de la vida y ni siquiera había hecho testamento...

El oficinista se alzó del sillón con determinación, decidido a saldar su promesa de volver al negocio fúnebre que tantos días había esquivado para evitar enfrentarse a una incertidumbre que le aterraba. Aquel mismo hombre que conoció la primera vez que visitó el tanatorio lo recibió.

—Buenas tardes —saludó el empleado, estrechándole la mano cálidamente—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pues mire... Todavía no estoy muy seguro... Por eso quería consultarlo con un profesional como usted. Estuve aquí hace un tiempo...

—Lo sé. Me acuerdo perfectamente. ¿Qué quería saber?

—Voy a ser completamente sincero con usted. Tengo una duda que no consigo apartar de la mente. Por un lado, cuando llegue mi hora me gustaría ser incinerado porque me da pánico imaginar el proceso de descomposición de mi cuerpo, todo lleno de gusanos... Pero por otro, soy una persona católica. El Génesis dictamina que polvo eres y en polvo te convertirás... Y claro, no es lo mismo el polvo que la ceniza... Luego está el asunto de la resurrección de los cuerpos, que es doctrina...

El hombre sonrió comprensivo.

—No se preocupe. No se imagine la cantidad de personas que vienen aquí con el mismo dilema que tiene usted. Le voy a informar. La Iglesia Católica prefiere la inhumación tradicional o el sepultamiento del cuerpo, pero la cremación hoy en día está

libremente permitida, en tanto que no signifique un rechazo voluntario a la creencia de la resurrección del cuerpo.

—Entonces, ¿tras la incineración se puede celebrar también una misa de difuntos?

—La Iglesia ha concedido autorización para oficiar la misa de difuntos con la presencia de los restos mortales cremados. Lo único que como están presentes los restos mortales y no el cuerpo del difunto hay ligeras adaptaciones en la liturgia. Le voy a proporcionar unos folletos informativos al respecto. Mire... En este figura el Canon 1176/3 en el que se desarrolla lo que le he explicado.

—Muchas gracias... —suspiró con alivio, aferrándose a los folletos— Voy a leerlos meticulosamente y tomaré una decisión.

Esa noche el oficinista no consiguió conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada y cuando lo hizo tuvo la misma pesadilla recurrente que de tiempo atrás lo acechaba, emboscada con animadversión en la espesura de su subconsciente. Como si hubiera realizado un viaje astral hacia el futuro veía desde la altura su cuerpo sin vida. El vientre se le empezaba a hinchar y a hinchar hasta que reventaba, escupiendo del interior una masa informe de vísceras carcomidas de gusanos... Se despertó con un grito de pánico, palpándose inconscientemente el abdomen... ¡No estaba dispuesto a eso! ¡No podía soportar la idea de su cuerpo en proceso de descomposición!

De pronto, como un salvavidas, le vino a la memoria la urna de cristal de bohemia de un pulido límpido y traslúcido, reposando en madera de cedro con placidez...

—¡No quiero pudrirme! ¡No aguanto la sola idea! —clamó al cielo, suplicando su perdón.

La decisión estaba tomada. Mañana por la tarde volvería al tanatorio para comprar la urna redentora y al día siguiente pediría permiso en el trabajo para ir al notario a hacer testamento. Después hablaría con su hermano para que conservara sus restos en algún lugar de su casa. Seguro que a pesar de su mente obtusa y los recelos de su mujer con todo lo relacionado con asuntos fúnebres no tendría inconveniente, si se lo explicaba de la forma adecuada. Le llevaría tiempo. La vida de su cuñada transcurría como un eterno espacio publicitario de televisión, sin grandes pretensiones ni preocupaciones, y prefería sortear todo lo relativo a la fugacidad del tiempo con el fin de salvaguardar su frágil mundo ficticio. Obviaba la muerte. Le producía repulsa y rechazo. La negaba. Para ella simplemente no existía. El oficinista volvió al sueño, pero esta vez a un sueño placentero y reparador protegido por una esfera de cristal de cualquier deterioro corpóreo.

La urna le costó un dineral pero había merecido la pena. Tras haber derrotado a la muerte espiritualmente acababa de adquirir la pieza definitiva que aseguraba su victoria física. La desembaló con gran cuidado y la depositó encima de la mesa. Era una obra maestra artesanal. Ya podía vivir y morir tranquilo. Solo le quedaba hacer testamento y registrar su última voluntad.

A la mañana siguiente el hermano del oficinista recibió una llamada temprana. Le comunicaron que esa noche su hermano había fallecido. Le explicaron que de madrugada llamó al servicio de urgencias porque se encontraba mal. Tenía un punzante dolor en el pecho y unos agudos pinchazos en el brazo izquierdo. Cuando la ambulancia llegó al

domicilio había sufrido un paro cardíaco e ingresó cadáver en el hospital... Se abrazó a su mujer sollozando. En dos horas veloces llegaron al hospital de la ciudad que preservaba el cadáver. A pesar del padecimiento que debió sufrir daba la sensación de que su rostro se mostraba relajado y satisfecho.

—¿Qué van a hacer con el difunto? —preguntó un celador.

—Lo velaremos en el tanatorio el resto del día para que sus amigos y compañeros tengan la oportunidad de despedirse. Nunca habíamos hablado con él del momento de la muerte ni creo que haya dejado testamento. Mañana lo enterraremos en el cementerio junto a la tumba de nuestros padres.

Dos días después del entierro el hermano del oficinista entró en el piso del ausente para cerrarlo y ponerlo a la venta. La prematura muerte de su hermano le causó tal tristeza que no quería nada suyo que se lo recordara. Todas sus pertenencias irían incluidas en la venta de la vivienda. De repente detuvo la mirada en un precioso objeto de cristal que presidía la mesa y se quedó extasiado por la sencillez de su belleza... No recordaba haberlo visto antes. Lo tomó bajo el brazo siendo la única posesión del familiar que se llevó del domicilio.

—Cariño. Ya he cerrado el piso de mi hermano. No he querido coger nada, ni siquiera un libro. Tan solo he tomado esto que parece una pecera, de lo que no conservo ningún recuerdo. Parece caro... —se lo mostró complaciente.

Su mujer le miró con compasión, deseando que olvidara cuanto antes el terrible incidente que hacía temblar los cimientos de su realidad, minuciosamente elaborada, y le acarició el rostro sonriendo. Lo quería sobre todo por la ternura de su ignorancia.

—Amor mío... Trae... No es una pecera —le replicó con afecto—. Es una maravillosa bombonera.

El esposo sonrió encogiéndose de hombros. La mujer le acarició el cabello, tomó la bombonera y la colocó con gran cuidado encima de la mesa del salón. A los pocos días la rellenó, canturreando distraídamente, con chokolatinas de envoltorios coloridos. Mientras, el alma de su cuñado se retorció en la tumba, desesperada, contemplando impotente como los gusanos devoraban su cuerpo.

ETERNA VIDA O SEMPITERNA MUERTE

DE: Dr. Alberto Byelsa, Responsable de Psiquiatría del Hospital de El Poniente de El Ejido, Almería.

PARA: Dr. Diego Álvarez, Director de Psiquiatría del Hospital Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Madrid.

OBJETO: Consulta de cuadro clínico y diagnóstico.

Estimado colega, Me dirijo a usted como máxima autoridad en trastornos psicóticos para solicitarle que nos ayude a determinar el cuadro clínico de un paciente que ha ingresado en nuestra planta y nos aconseje sobre cuál sería, en su opinión, el tratamiento más indicado.

El sujeto es un varón de 42 años que muestra un trastorno psicótico agudo con conductas violentas, ideas delirantes y alteraciones de la percepción evidentes. No obstante, existe una ausencia de causas orgánicas tales como conmoción cerebral o esquizofrenia. Tras los análisis de sangre también se ha descartado la psicosis por ingesta de sustancias tóxicas. Inicialmente hemos tratado al sujeto con clozapina, no solo con el objetivo inmediato de reducir la agresividad y el riesgo, sino también para que el paciente se sienta subjetivamente calmado y más predispuesto al diálogo. Sin embargo, a pesar de la medicación solo hemos podido mantener con él dos sesiones de psicoterapia, insistiendo en ambas ocasiones en un relato absurdo y ajeno a la realidad.

Debido a que el paciente muestra resistencia a la clozapina, nos estamos planteando sustituirla por tratamientos más invasivos como la benzodiacepina o el ácido valproico. A continuación le pongo en antecedentes del caso.

El 6 de mayo a las 08.00 la policía local de Laujar de Andarax recibió una alerta telefónica de la propietaria del camping ubicado en el valle del pueblo. La señora manifestó que el día 3 de ese mismo mes se personó en su propiedad un hombre de mediana edad, llamado Saúl, que le comunicó que había acampado en una anchura a orillas del río, a unos 200 metros del acceso a su finca. Le explicó que le gustaba la soledad y que por este motivo no pernoctaba nunca en los campings, pero que, sin embargo, le gustaría utilizar los servicios de comedor y ducha. La denunciante añadió que se trataba de un hombre amable y simpático con el que posteriormente mantuvo conversaciones muy agradables.

La mañana del 6 de mayo, cuando la mujer se dirigía al pueblo por la pista de tierra que transcurre paralela al río, comenzó a oír unos gritos ahogados que iban ganando en intensidad conforme avanzaba. Al llegar a la anchura del camino donde se veía plantada una tienda de campaña, la inquietud de la mujer ya se había transformado en auténtico pavor. Los terribles chillidos procedían del interior de aquella tienda. Segura de que Saúl había sufrido algún grave percance o de que se encontraba muy enfermo, se aproximó a la lona y le llamó por su nombre. Por un instante se hizo el silencio. Sin

embargo, unos gritos aún más fuertes de desesperación, acompañados de lamentos y sollozos, la hicieron retroceder unos pasos. De tanto en cuando creía entender:

¡Devolvedme mi alma! ¡Devolvedme mi alma!... Según la denunciante, la tienda de campaña se agitaba como si dentro hubiera encerrado un animal salvaje. La mujer, presa del pánico, volvió corriendo al camping para comunicar el extraño suceso.

A las 08.25 un coche patrulla de la policía local se dirigió al lugar indicado por la mujer. Cuando llegaron pudieron certificar los mismos hechos que aquella había expuesto. Intentaron comunicarse con el individuo desde el exterior de la tienda. Sin embargo, estaba fuera de sí y parecía que no les escuchaba, por lo que tuvieron que decidirse a entrar, hecho que, según confesaron los agentes, les provocó cierta inquietud por la violencia de los gritos y la intensidad de los lamentos. Uno de ellos bajó la cremallera de la entrada y al instante un individuo se abalanzó sobre él, lo derribó y le rodeó el cuello con las manos intentando estrangularle, a la vez que profería con gran rabia de forma insistente: *¡Devolvedme mi alma!* El otro policía saltó sobre el atacante y consiguió, no sin gran esfuerzo, que retirara las manos del cuello de su compañero. Después de lo que los agentes describieron como un interminable forcejeo, consiguieron reducirle y esposarle. Incluso esposado, el sujeto completamente enajenado intentaba agredirlos. Se vieron obligados a llamar a una ambulancia cuya llegada tuvieron que esperar con el individuo inmovilizado contra el suelo, empleándose a fondo. Al llegar la ambulancia tuvo que ser sedado y fue trasladado al ambulatorio de Laujar de Andarax. El médico de cabecera del centro, tras escuchar el relato de los agentes de la autoridad a los que se los notaba muy afectados por el incidente, no quiso correr riesgos. El sujeto fue trasladado al Hospital de El Poniente de El Ejido todavía sedado, donde ingresó en la planta de psiquiatría.

A las pocas horas de los hechos la noticia era ya sabida por todo el pueblo. Una mujer y un hombre se personaron en las dependencias policiales para interesarse por el suceso y por si podían servir de ayuda. Declararon que habían conocido al sujeto la noche del domingo 3 de mayo, último día de la Feria del Vino de la localidad. Ambos manifestaron su asombro y preocupación por lo ocurrido porque habían establecido de inmediato un vínculo de amistad con él. Lo definieron como un hombre muy sociable. Les había contado que era profesor de latín en la Facultad de Filología de Salamanca, pero que había pedido una excedencia de un año para viajar y escribir. Era un gran amante de la historia y, por ese motivo, estaba realizando un viaje por La Alpujarra. El lunes lo pasaron juntos y le enseñaron el pueblo y sus alrededores, en lo que calificaron como un día fantástico en su compañía.

En cuanto el sujeto fue trasladado al hospital la policía abrió diligencias para filiarlo y ponerse en contacto con sus familiares. Un hermano suyo se ha desplazado desde Madrid a El Ejido para hacerse cargo de la situación.

Adjunto le remito la transcripción de la sesión dos del paciente entre la que se segmentan apreciaciones que he efectuado durante la misma y que posteriormente he comentado y evaluado con mis colegas. Observará varias formas de delirio que oscilan entre la exaltación y la angustia, pasando por el maníaco, melancólico, místico y de persecución. El humor está alterado de forma constante. A la actividad delirante de aparición súbita corresponden violentos estados afectivos. Unas veces el sujeto está exaltado y expansivo como un maníaco. Otras, por el contrario, se halla preso de gran

angustia. Presenta interpretaciones delirantes de la realidad que en ocasiones incluso expresa con un discurso cargado de lirismo. Esta alternancia o esta combinación de excitación e inhibición es tan característica de los brotes delirantes polimorfos que hace que no nos pongamos de acuerdo en establecer un diagnóstico diferencial entre un bouffée delirante y una crisis maniaco-depresiva.

A la espera de su estimada opinión, reciba un cordial saludo.

ANEXO

Hospital de El Poniente de El Ejido.

Segunda planta, Psiquiatría.

Transcripción de sesión del paciente Saúl González

Martín con el Dr. Alberto Byelsa.

¿Por qué estoy aquí?... No estoy loco doctor. Tendría que ayudarme y dejarme volver. ¡Tengo que volver! No soy peligroso. Estoy sufriendo lo que ningún ser humano ha sufrido. Lloro desesperado día y noche perdido en serpenteantes tinieblas... Mi luz, doctor, ¿dónde está mi luz? Estoy inmerso en un mundo de sombras del que no consigo encontrar la salida... ¡Ayúdeme doctor! ¡Ayúdeme a recobrar mi alma!

(Transcurren diez minutos de crisis de pánico posiblemente relacionada con algún acontecimiento perturbador, durante los cuales el sujeto profiere gritos, sollozos y palabras ininteligibles. Conseguimos calmar al paciente suministrándole una solución inyectable de Diazepam de 5mg/ml).

¿Conoce La Alpujarra, doctor? ¡Oh! Es maravillosa... Siempre había querido visitarla. Llegué justo en primavera, como cuando Felipe II mandó a su hermano Juan de Austria a apaciguar la sublevación morisca. ¿Lo sabía, doctor? Supuso el fin de la reconquista. La Alpujarra es un lugar herido y bello. Es una irreductible tierra escarpada, enrocada en la naturaleza, que ha ofrecido resistencia a todo tipo de invasiones. ¡Qué belleza, doctor! Peñones, torres y casas abrazan las laderas, alternándose con terraplenes y alturas. Pasos de agua recorren sus insondables entrañas por secretos laberintos subterráneos... Pero esas aguas no son como la del mar, doctor. ¡No se confíe! El mar se muestra al momento tal como es, según su estado, pacífico o bravío. Las aguas subterráneas son misteriosas e imprevisibles. Desconocemos sus orígenes y sus propósitos. Pertenecen a un inframundo oscuro e impenetrable en el que la sangre humana ha ido calando lentamente a lo largo de los siglos.

(La emotividad en el discurso del paciente denota que la afectividad está alterada. Está inestable y voluble, no aplanada).

Perdone que divague, doctor... No. No recuerdo la fecha exacta. Recuerdo que llegué a Laujar de Andarax un domingo, pero al bajar del autobús no entré en el pueblo. Tenía que buscar un sitio donde acampar. Tomé el camino del valle quebrado por el río sobre el que se alza el pueblo, majestuoso y humilde al mismo tiempo. En una amplia curva con una explanada a la derecha me topé con un bosque de álamos negros que se erguían como orgullosos soldados tocados con cascos empenachados en blanco. Las yemas de las ramas estaban repletas de inmaculadas semillas de polen que pendían como infinitos racimos de uva. A la izquierda del camino, enfrente a los álamos, un incesable estrépito me hizo descubrir, semiescondidos entre la vegetación, dos saltos de agua contiguos que desembocaban en una acequia sin fin y que estaban canalizados mediante dos grandes arcos de piedra. Parecía que me observaban, doctor... Permanecían vigilantes, siniestros y

oscuros, derramando líquido con gran fuerza. Instintivamente di un paso hacia atrás y me alejé. Seguí una pista de tierra escoltado por el río a mi flanco izquierdo hasta que llegué a una anchura y me detuve a escuchar. El croar de las ranas me trajo a la memoria una nostalgia ya olvidada de una infancia a orillas de un río de Castilla, acompañado de mi padre. Los álamos negros me habían seguido por todo el paisaje y en esa misma anchura un solitario olmo centenario, asediado, aún les mostraba resistencia. Al verlo me vino a la memoria Antonio Machado: “al olmo viejo, hendido por el rayo y en su mitad podrido“... ¿Conoce el poema?... Monté la tienda de campaña a la caricia de su sombra. Me dio la sensación de que ese espacio de tres metros cuadrados estaba reservado para mí desde hacía mucho tiempo. El río y el pueblo ante la vista. A mi espalda una colina aterrazada se me antojaba una milenaria mastaba sagrada, erigida en honor a la naturaleza. La primavera besaba mis ojos, amarilla, roja y violeta, engamada en todas las tonalidades de verde existentes. El cielo infinito en constante movimiento me extendía su mano ofreciéndome la certeza de la existencia de Dios. ¿Usted cree en Dios, doctor? ¿Se acuerda de cómo era el antiguo Credo?... en la parte del inicio decía *creo en Dios Padre, creador de todo lo visible y lo invisible... Factórem visibílium óminum et invisíbilium...* ¿Por qué la Iglesia ha variado en la liturgia de hoy en día esta parte de El Credo, doctor?... Nunca me lo había preguntado... Como le iba diciendo, monté la tienda de campaña y continué andando por la pista. El camino terminaba en un camping aislado, pero el cauce del río proseguía: ascendía, trepaba, se aferraba a desniveles impensables, reposando de vez en cuando sus aguas en pacíficos remansos.

(Los delirios melancólicos pueden ser exclusivamente intelectuales, sin el menor rastro de perturbaciones sensoriales. Cuando las alucinaciones se desencadenan es casi siempre por bouffées, súbitamente, sin ninguna sistematización. Sin embargo se detecta cierto razonamiento lógico en el transcurrir de los hechos y en las descripciones del paciente. En la próxima sesión, indagar en las creencias y valores religiosos del sujeto).

Entré en el camping y me presenté a una señora muy simpática que era la dueña. Le rogué que no se ofendiera por no haber acampado en su terreno, que no era una cuestión de dinero. Simplemente me gustaba estar completamente solo. No obstante, añadí que si no tenía inconveniente utilizaría algunos de los servicios que ofrecía. Comí allí en una mesa destartalada que intentaba mantener el equilibrio entre la hierba, oyendo únicamente el rumor del río, los cantos de los pájaros y el croar de las ranas. Una felicidad plena me golpeó fugazmente con su dedo corazón en la frente. Después invité a la propietaria a que se sentara a tomar un café conmigo y hablamos y hablamos hasta bien entrada la tarde.

Al comenzar a desangrarse el sol deshice el camino aprovechando los últimos rayos de luz y me dirigí al pueblo. Al volver a pasar junto a los dos saltos de agua que le he descrito, frente a la explanada de álamos negros, sentí un gran desasosiego... ¿Le he dicho que llegué en domingo, doctor? Lo recuerdo porque era el último día de la Feria del vino en la localidad. ¡Qué gente más hospitalaria! Las cruces de mayo, esas que se elaboran con flores, adornaban las imponentes y blasonadas fuentes de piedra que se diseminaban por el pueblo. La plaza estaba circundada por puestos de catas del buen vino que regala esa tierra. Enseguida entablé relación con la amable gente del lugar, especialmente con una mujer llamada María Ángeles y un hombre llamado Enrique... ¿Me ha dicho que usted también se llama Enrique, doctor?... ¡Ah, no! ¡Alberto!... Fue como un reencuentro de viejos amigos desconocidos hasta ese día. ¿Ha tenido alguna vez esa sensación? Me

presentaron a su vez a gran cantidad de amigos suyos y en cuestión de horas me encontraba integrado totalmente. No le puedo contar más del pueblo, doctor. Permanecimos en la plaza hasta que cerraron los puestos de vino. María Ángeles y Enrique se ofrecieron a mostrarme el lugar al día siguiente y yo acepté encantado. Nos despedimos y me dispuse a recorrer los veinte minutos andando que me separaban de mi espacio de reposo.

Cuando estaba a punto de salir del pueblo me topé con un anciano que estaba completamente borracho. Apenas se mantenía en pie. Estaba apoyado contra un muro de piedra, llorando y riendo a la vez, mascullando entre dientes y balbuciendo palabras ininteligibles. Me sentí un poco incómodo. Al pasar a su lado el viejo me agarró del brazo con fuerza y con lágrimas en los ojos y mirada de locura me gritó con desesperación, señalando el valle del río: ¡No sigas hacia allí, muchacho! ¡No de noche! ¡Va a nevar, muchacho! ¡Va a nevar!... Era primavera, doctor, y durante el día había apretado el calor, llegando la temperatura hasta los treinta grados. Intenté tranquilizarle, pero no hubo manera de la borrachera que llevaba encima. No sabía qué hacer. Lo ayude a sentarse. Le ofrecí un cigarro y empezó a fumar en silencio con la vista perdida en la oscuridad de la hondonada como si hubiera penetrado en otra realidad que yo no discernía. Ni siquiera me oyó cuando le dije que me iba, que volviera a casa. Pobre hombre, doctor. Me dio verdadera lástima...

Continué mi camino. Los efectos del vino estaban empezando a pesarme a mí también. Al llegar a la curva de la explanada de los álamos negros no miré a la izquierda. Aunque el clamor del agua intentaba llamar mi atención no quise girar la cabeza hacia aquellos ojos de piedra medio ocultos que de forma instintiva e irracional me generaban desconfianza. Por fin llegué a mi tienda de campaña, exhausto, y me eché en el suelo sin ni siquiera quitarme la ropa. Fue una noche perfecta. Un dulce sueño reparador me retuvo en mi pequeño templo hasta las nueve de la mañana... Me despertó el recuerdo del anciano, doctor. Pensé: Pobre loco, doctor... Jajajajajaja... ¡Pobre loco!

(El relato del paciente se ve alterado al final del episodio con una variación del humor. Pasa de nuevo de un estado de exaltación a otro de intensa angustia. A los quince minutos vuelve a estabilizarse).

¿Por dónde íbamos, doctor?... Sí, sí... Me levanté corriendo porque había quedado con mis nuevos amigos a las diez en un bar de la Plaza del Ayuntamiento. Antes me acerqué al camping para darme una ducha y desayunar. Soy muy puntual, pero llegué quince minutos tarde porque al entrar en el pueblo no pude por menos que detenerme a contemplar la Sierra de Gádor desde el Mirador de La Vega. Era un día luminoso y pude comprobar que durante el día anterior no había apreciado aquella hermosura en toda su totalidad por ser de noche. Tomamos café y paseamos por el pueblo. Subíamos y bajábamos por estrechas callejuelas de presumidas casas encaladas, adornadas con flores. ¿Sabe que Francisco Villaespesa nació en Laujar de Andarax, doctor?... Contemplar su vivienda me trajo lejanos recuerdos de estudiante. La perfecta iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación dominaba el pueblo y el alegre tañer de su campanario marcaba los ritmos vitales de los habitantes sin ellos saberlo. Nos detuvimos allí un buen rato, charlando. Entonces Enrique sugirió a María Ángeles que fuéramos al Convento de San Pascual Bailón ya que estábamos al lado. Noté que a mi amiga no le hizo mucha gracia.

Según aseguró insistentemente era peligroso porque amenazaba a ruina.

Enrique le prometió que no nos arriesgaríamos a penetrar en las estancias interiores y María Ángeles cedió finalmente. Avanzamos por la Calle de la Iglesia hasta ascender por la Calle Santo Cristo. El cadáver en semidescomposición de un imponente convento se me mostró ante la vista como una aparición de otra época, dejándome absorto. Enrique me confesó que esa visión le producía el mismo efecto que a mí y que había pasado horas y horas en su interior intentando recuperar la historia y la memoria de aquel olvidado. ¡Maldita la hora en que fui allí, doctor! ¡Maldita sea la hora!... *Pater Noster qui es in caelis, santificétur nomen tuum, adveniat regnum tuum, fiat volúntas tua...* ¿no era más bonito el Padre Nuestro en latín, doctor? ¿Le he dicho que soy profesor de latín?...

(Segunda referencia a valores cristianos católicos con intensa labilidad emocional).

Perdone, doctor... Nos quedamos detenidos, silentes frente al acceso al claustro de la fachada sur. El claustro constituía el módulo central del edificio limitando al este con el convento y al oeste con la iglesia. Me sentí un poco desorientado y pregunté a Enrique que si el sol no salía por nuestra derecha, a lo que me respondió que sí. Contraviniendo los cánones seguidos desde el Concilio de Nicea por los que los ábsides de las iglesias se orientan hacia el amanecer, hacia la resurrección de la vida, este ábside se orientaba hacia el oeste, hacia el ocaso, hacia la muerte. Me resultó bastante extraño, doctor... Al claustro se penetraba por dos puertas dinteladas que daban paso a un pequeño zaguán. Entramos y nos estremecimos con el brusco cambio de temperatura. A pesar de que el sol golpeaba con fuerza no conseguía alterar el clímax interior del convento. La planta del patio era cuadrada. Estaba rodeada de galerías porticadas abiertas al exterior a través de arcos de medio punto, sostenidos por pilares de ladrillo, revocados con estuco y argamasa. El rojizo del ladrillo se entremezclaba con el verde intenso de la vegetación salvaje que competía por ganar siempre más y más espacio, asfixiando a una higuera que se retorció, desesperada, en busca de claridad. Más arcos de medio punto, estos repletos de oscuridad, hacían adivinar accesos a otras dependencias. Sobre la primera arquería perimetral del patio se elevaba una segunda superpuesta cuyas galerías recorrían el segundo piso. En el centro, como es habitual, se veía el pretil de un pozo tallado en piedra. ¿Quiere saber otra rareza del lugar, doctor?... Me aproxime al brocal y descubrí que no era un pozo sino un gran aljibe. Estaba lleno de basura y seguro que había cadáveres de animales porque desprendía el olor dulzón de la muerte. Miré a mi entorno desde el centro. Restos muy deteriorado de grisallas y estuco azul revelaban extintas pinturas murales superpuestas que habían decorado en el pasado los muros y las bóvedas. Me aproximé hacia ellas intentando descifrar algún grabado de otro tiempo. Enrique me comentó que había fotografiado todas, pero que ya no se podía distinguir nada en concreto. Además añadió que en algunos muros había cartelas epigráficas, aunque que hoy en día resultaban ilegibles. Pasamos por delante de varias. Solo en dos se averiguaban algunos indicios de palabras. En una de ellas conseguimos primero intuir, después descifrar, una línea inferior precisa: eterna vida o sempiterna muerte. Esa frase laceró mi curiosidad y los tres pasamos un buen rato elucubrando sobre posibles palabras o letras que se pudieran revelar en las líneas superiores. Fue imposible. Aún así me empeñé en sacar fotografías doctor. ¿Por qué lo haría?.. No debería haberlo hecho. Mis amigos continuaban hablando, pero yo ya estaba ausente. Solo había una frase que mi mente se obstinaba en repetir una y otra vez. Al resto de la construcción solo nos asomamos por sus puertas de ingreso debido a que María

Ángeles tenía razón. Era peligroso. Pesadas vigas de madera y ladrillos habían cedido al transcurrir de los años cayendo al primer plano desde el segundo. El lugar me dejó marcado, doctor. Nada más pisar el exterior tuve la certeza de que pronto volvería. Me invadió una necesidad incontrolable de saber más sobre los secretos de aquel templo orientado al ocaso. Creo que María Ángeles, que ya había empezado a conocerme un poco, lo averiguó en mi mirada y me ordenó con severidad que ni se me ocurriera volver solo.

(Se observa en el discurso del paciente indicios de trastorno obsesivo compulsivo. Tras el escáner realizado se descartan lesiones y funcionamiento anormal en áreas del cerebro).

Pasamos juntos el resto de la jornada y al atardecer me despedí con cierta pena de María Ángeles y Enrique. Tenía una ruta de viaje establecida y al día siguiente tenía que partir hacia La Alpujarra granadina... Pero por la noche no pequé ojo, doctor... Unas palabras del Convento de San Pascual hacían retumbar una frase en todo mi ser con un eco interminable. Me levanté al clarear la mañana y no desmonté la tienda de campaña. Volví al pueblo y esperé a que la biblioteca municipal abriera. No se lo creerá, doctor, pero permanecí allí todo el día. Tras varias horas descarté toda posibilidad de que aquella oración correspondiera a una cita bíblica. El oscurantismo del significado de esas palabras me llevó a revisar literatura de la alta y baja edad media... Pero nada.

Estaba decepcionado y malhumorado. Iba a perder un día de precioso tiempo sin obtener información alguna. Sin embargo, doctor, a veces el destino es caprichoso.... ¿Cómo no había caído antes? Tenía que buscar el hilo conductor partiendo de los fundadores del convento, de los franciscanos, ¿no?... Empecé a indagar en esa dirección hasta que di con un artículo que abordaba la poesía mural religiosa compuesta por franciscanos poetas, en su mayoría anónimos, escrita en paredes y muros de iglesias y conventos del sureste español. Lo examiné meticulosamente. A la mitad del estudio el corazón me dio un vuelco. Una octava real del claustro del Monasterio de Santa Ana de Jumilla mostraba una completa coincidencia en su última frase. No tuve ni que pasar a papel aquella octava porque tras leerla repetidamente se me grabó a fuego en la memoria:

Gozas hoy sangre ilustre, edad florida:

Después serás en letras instruido.

Después tu ciencia se verá aplaudida.

Después en dignidad constituido.

Después descanso y deleitosa vida.

Después fama y renombre esclarecido.

¿Y después? ¿Y después? ¡Oh trance fuerte!

Eterna vida o sempiterna muerte.

¡Qué ciego había estado, doctor! El autor del artículo comentaba al respecto que el epígrafe final era una expresión típica del barroquismo metafísico. Eterna vida, pero muerte, aún más eterna, sempiterna. En la cámara digital amplié al máximo la fotografía que había realizado. Partes de palabras y signos de exclamación que habían sobrevivido

mejor al deterioro del tiempo coincidían a la perfección. No había duda. Ese era exactamente el mensaje. ¡No cabía en mí de alegría, doctor! Una gran excitación me invadió y observé que la bibliotecaria me miraba de reojo, dudando en si llamarme o no la atención. Ya me podía ir de Laujar de Andarax satisfecho. ¿Por qué no lo haría, doctor?... ¡Debería haberlo hecho!

Cuando salí del edificio la luz vespertina se había extinto. Las campanadas del reloj de la Plaza del Ayuntamiento me anunciaron que eran las nueve. No había comido nada en todo el día, por lo que busqué un bar a las afueras del pueblo para no coincidir con Enrique ni con María Ángeles. No sé, doctor... me daba vergüenza que consideraran que mi conducta era un tanto excéntrica. ¿A usted le parece raro, doctor? Además, para ellos ya me encontraba en la alpujarra granadina.

(Da la sensación de que el sujeto, de alguna forma, es consciente de su estado alterado de conciencia. Puede ser un buen método focalizar el tratamiento de psicoterapia partiendo de este punto).

Apuré la tercera cerveza. Eran las once de un martes y las calles solitarias se empeñaban en silenciar el ruido de mis pasos. Deambulé por el centro disfrutando de la visión del firmamento reposando mansamente sobre el pueblo. ¿Por qué no haría caso a mi amiga, doctor?... Me sorprendí de nuevo en la fachada sur del convento. Las puertas del claustro, como dos faros negros, irradiaban oscuridad contra la blanda luz emanante de la luna. Encendí la linterna que siempre llevaba para desandar el camino que recorría de noche hasta la tienda de campaña. Rasgué las tinieblas y fui directo hacia la cartela epistolar a la que ya podría ver en su completa desnudez. Repetí y repetí el texto aprendido. Sin duda eran mis palabras lo que la poesía mural expresaba en su época. Aún así no me conformé con eso. Desplacé con gran esfuerzo un trozo de viga que dormitaba con pereza sobre la tierra, la apoyé contra la pared, trepé sobre ella alrededor de metro y medio, apoyé mi mano izquierda bajo el epígrafe y aproximé al máximo la mirada, enfocando el texto con la linterna. Sonreí. Así era. Salté del madero y al retirar la mano del muro oí el leve rumor de algo que había golpeado sutilmente el suelo enlosado. Era una fina capa de escayola. Proyecté la luz hacia la parte baja del último verso y donde antes había apoyado la mano descubrí unas letras. ¡Imposible! ¡La octava real estaba completada! ¡No podía haber nada más escrito! Brinqué de inmediato sobre la viga. ¿Le he dicho que soy profesor de latín, doctor? Ante mis ojos aparecieron, como aparece la carne rojiza al retirar la piel de una ampolla, dos palabras en latín: *ex ementita*... ¡No era lógico, doctor! Tenía que ser un añadido posterior porque le insisto en que la octava era eso, una octava, y estaba finalizada. Rasqué los bordes irregulares del nuevo hallazgo que se descascarillaron sin dificultad. Una frase rezaba en caracteres gráficos distintos al poema: *ex ementita nive fugit quam reppulit caelum*. Perdón doctor... Le traduzco: *Huye de la falsa nieve que el cielo ha rechazado*. Aquello no tenía sentido... ¡No tenía que estar ahí! La reproduje en un trozo de papel arrugado que llevaba en el bolsillo, aunque ya la había anotado por siempre en la memoria. Me estallaba la cabeza de estar pensando todo el día en aquel maldito convento que había subyugado toda mi atención. ¡No podía más! Me dije ¡Ya basta!...

Abandoné el lugar, crucé el pueblo y tomé el camino hacia la pista de tierra. La nueva frase martilleaba mi cabeza con un amenazante imperativo que emergía de lo más

profundo de mi ser como un mecanismo intuitivo de defensa: ¡Huye! ¡Huye!... Me di cuenta de que inconscientemente, a medida que se me repetía más y más esa palabra, más apretaba el paso hasta percatarme de que estaba corriendo. Me paré en seco y respiré profundamente. Reí y reí. ¡Qué forma extraña tiene a veces el subconsciente de influir en las personas! ¿Por qué corría? Recuperé el aliento y con él la calma, reanudando un andar firme y pausado, admirando la bella y solitaria noche, fundiéndome en ella con una dicha plena. El bullicio del agua de los oscuros y profundos ojos de piedra castigando la acequia me sacó de mi éxtasis, anunciándome la llegada al territorio conquistado por los álamos negros. Con el último paso que di antes de detenerme a contemplar el paisaje de ensueño se alzó una leve brisa procedente del norte. Las semillas de blanco infinito comenzaron a desprenderse de los penachos de los álamos, flotando dulcemente en el aire hasta dejarse caer en el suelo.

No se lo va a creer, doctor. En unos instantes me vi inmerso en un campo de nieve, pura como la nieve pura. Y nevaba y nevaba sin tregua... De pronto, el sonido atronador del agua cesó y se quebró el tiempo. Un relincho de angustia surgió de los inquietantes ojos pétreos. Me giré sobresaltado hacia ellos. Una animal de pesadilla semejante al cadáver en estado de descomposición de un caballo se contorsionaba y retorció, descoyuntando sus huesos, luchando desesperadamente por escapar a través de uno de los arcos por los que antes brotaba el agua. Un fragor de metales, lamentos y alaridos espoleaban la aterradora visión. ¡Y surgieron, doctor! ¡Surgieron! En un difuso tono azulado y blanco gélido. Espectros del pasado tocados con yelmos de hierro y turbantes, de rostros desencajados por suplicio y tormento, aullando y gimiendo de espanto y rabia, muchos luchando entre ellos. ¡Me rodearon, doctor! ¡Estaba rodeado! ¡No tenía escapatoria! Algunos resollaban agonizantes y los que tenían miembros amputados avanzaban hacia mí, arrastrándose! ¡Era el epicentro de una violenta y fantasmal locura! ¡Metal contra metal! ¡Estertores y bramidos de muerte me circundaban! Con sus pálidas y descarnadas manos traspasaban mi cuerpo y se aferraban a mis entrañas... Y tiraban y tiraban... Noté que algo cedía en mi interior, doctor, algo muy hondo que cuando se desprendió de cuajo exorcizó en el acto las apariciones que me rodeaban. Caí de rodillas, jadeando. No podía dejar de palparme el pecho. Una intensa aflicción y un gran dolor lo habían anegado. ¡No tenía luz, doctor! ¡Me habían arrancado el alma!

Cuando cierro los ojos siento que vago sin descanso, sin rumbo, sin fin, en un laberinto de oscuridad por el interior de aquellas montañas. ¡Ayúdeme, doctor! ¡Ayúdeme a recuperar mi alma!